

© Del texto: 2014, Sara Bertrand
© De las ilustraciones: 2014, Carlos Eulefi
© De esta edición:
2015, Santillana del Pacífico S.A. Ediciones
Andrés Bello 2299 piso 10, oficinas 1001 y 1002
Providencia, Santiago de Chile
Fono: (56 2) 2384 30 00
Telefax: (56 2) 2384 30 60
Código Postal: 751-1303
www.santillanainfantilyjuvenil.cl

ISBN: 978-956-15-2760-7
N° de registro: 235.493
Impreso en Chile. Printed in Chile.
Primera edición en Santillana Infantil y Juvenil: abril de 2016
4 ediciones publicadas en Chile por el Grupo Santillana

Dirección de Arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustración de cubierta:
Carlos Eulefi

Impreso por CyC Impresores Ltda.

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

La pata del diablo

Sara Bertrand



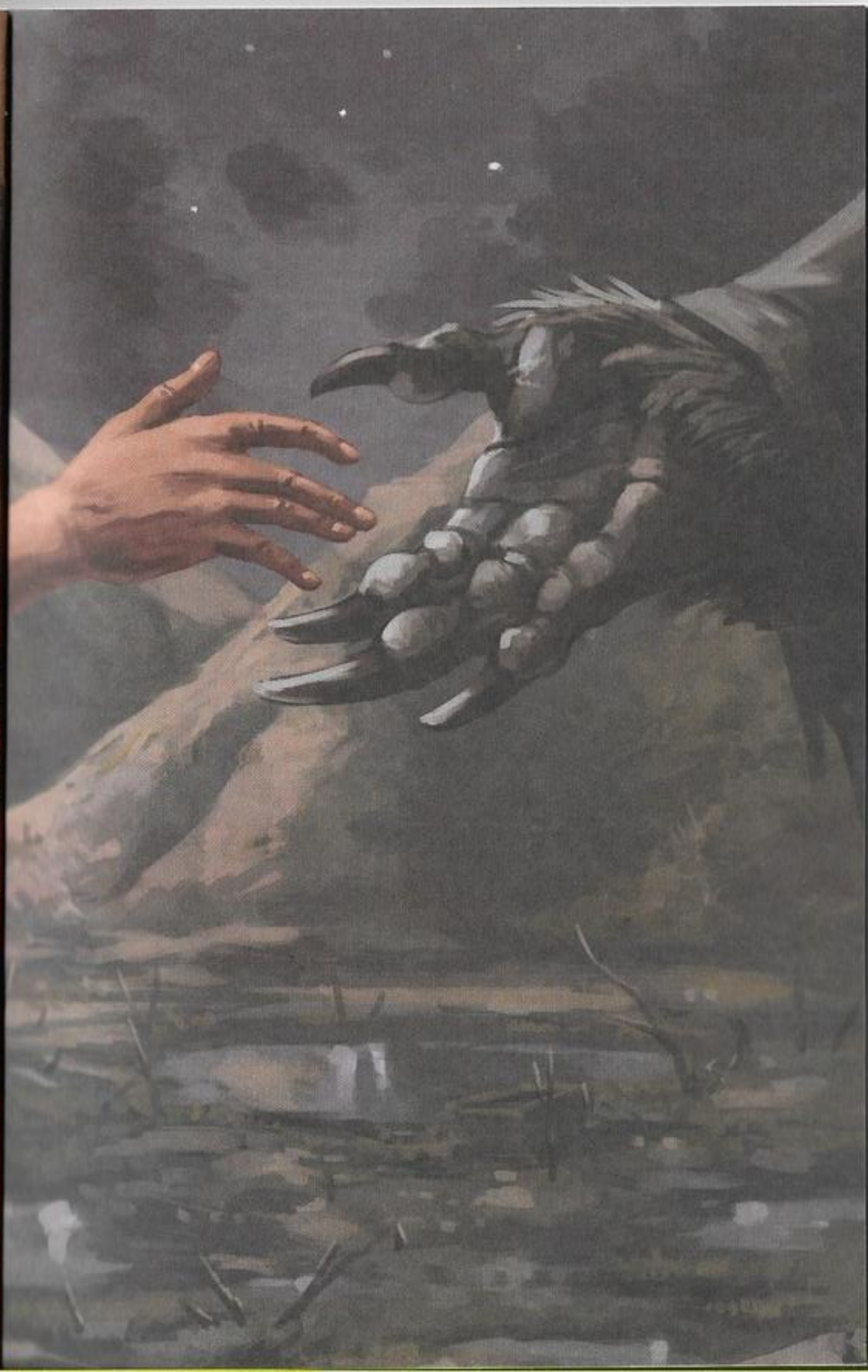
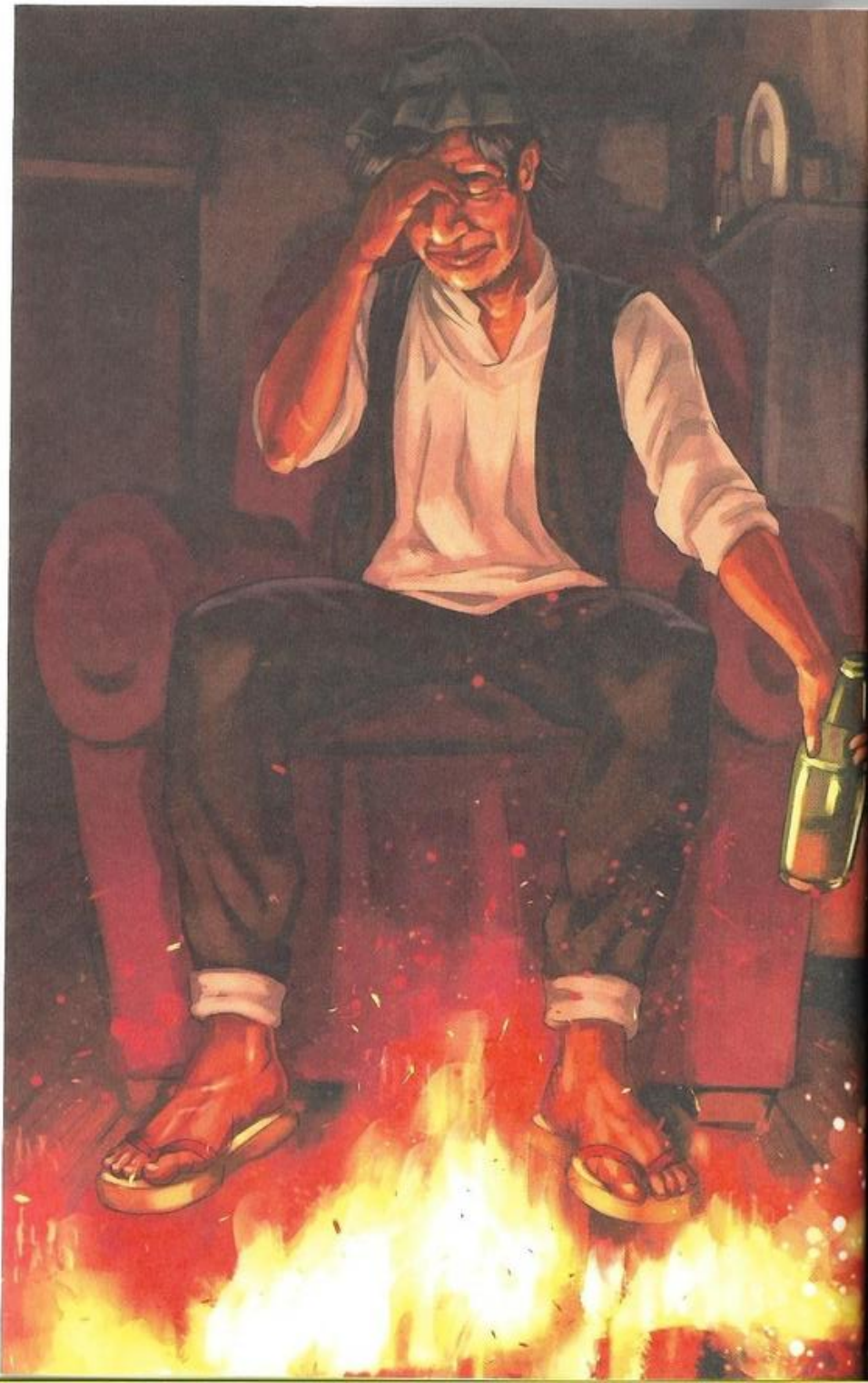
SANTILLANA 
Juvenil 

*«Allí donde ahora hay un valle inmenso,
entonces había una montaña.
En el abismo también hay geología».*

Fernando Pessoa

01

El pacto



Muere Eustaquio Rodríguez

Viñatero deja el imperio Château Moureau sin herederos

A la edad de 62 años dejó de existir el empresario del vino más prestigioso del país. Eustaquio Rodríguez deja sin sucesor directo una herencia evaluada en tres mil millones de dólares. Sus funerales fueron acompañados por los sucesos más extraños que se tenga memoria en el valle.

MARIO PORTEÑO. ENVIADO ESPECIAL.

VALLE DEL VINO. La procesión recorrió la calle principal y las floristas del pueblo arrojaron cientos de pétalos de rosas blancas al paso de la carroza. De esta manera, el valle despidió a uno de sus grandes personajes, Eustaquio Bartolomé Rodríguez Moureau, cuyo deceso se constató la tarde del miércoles a la edad de 62 años. Las circunstancias de su muerte siguen

investigándose, y, según confirmó la policía, no se descarta la participación de terceros.

Sus funerales fueron acompañados por un extraño espectáculo de la naturaleza, pues cuando la carroza cruzó el cementerio, la cordillera proyectó una luz fluorescente hacia el cielo que, por unos segundos, le dio al valle un resplandor metalizado, igual al de un

quirófano. Minutos más tarde, y cuando la gente todavía no se recuperaba de la sorpresa, una lluvia de granizos y piedras pómez se dejó caer a gran velocidad desde el cerro. El cerro Moureau —cuyo nombre se lo debe a madame Louise-Claire Moureau de Rodríguez (ver recuadro)—, ubicado detrás de la casona y la antigua bodega de Rodríguez Moureau, se pintó de rojo intenso, como si ardiera bajo enormes llamas. El espectáculo tuvo connotaciones tenebrosas cuando en el cerro apareció delineada la cara de una bestia, mitad hombre, mitad animal, que horrorizó a los habitantes del pueblo.

La gente se lanzó a las calles segura de que el diablo bajaba de la montaña. Las madres gritaban por sus hijos, los hombres por sus mujeres y el caos se extendió de tal manera que el Ejército, que

tiene una antigua base a los pies del cerro, salió en ayuda de la población. Finalmente, tal como vino, la tormenta desapareció, dejando otra lluvia —pero de comentarios— en el valle.

■ La herencia

Rodríguez Moureau deja sin herederos un imperio valorado en más de tres mil millones de dólares, formado por tierras fértiles y una de las casas viñateras más importantes del país. La gente del valle, con la que Rodríguez tuvo siempre un trato amable, lo describió como un hombre que supo salir adelante en momentos difíciles, pues Château Moureau no siempre conoció la gloria económica en la que lo deja Rodríguez. «El año de la inundación, Rodríguez casi lo pierde todo», comentó la dueña del restaurante del valle: «Don Eustaquio no

solo supo devolverle su fama, sino que la hizo crecer», agregó. Y es que Rodríguez Moureau tomó posesión del viñedo en medio de un año difícil para la viticultura, cuando temporales de lluvia y viento arrasaron con parras y bodegas. Actualmente, los vinos de Château Moureau son exportados a más de cuarenta países alrededor del mundo y han sido objeto de numerosos premios en las catas de Burdeos y Londres. El alcalde Ruiz Deviñaspre decretó un día de duelo en memoria del difunto. También señaló que, si la familia Moureau se lo permitía, declarará patrimonio municipal a la casona para convertirla en museo. Después de todo, Château Moureau no solo es una de las bodegas más prestigiosas de la zona, sino que además sus construcciones datan de principios del siglo

XIX, rindiéndole tributo a la arquitectura francesa decimonónica en su máximo esplendor.

Sus exequias fueron acompañadas por un grupo reducido de parientes, lo que levantó la suspicacia en el pueblo. Historias como que el hombre nunca volvió a ser el mismo desde la inundación, que jamás se dejaba ver durante el día e, incluso, otras más fantásticas, como que Rodríguez Moureau no tenía sombra o que en la bodega habitaba el diablo. Los familiares hicieron caso omiso a estas declaraciones, a la espera de la lectura del testamento que, según fuentes informadas, debiera realizarse en la viña una vez finalizados los trámites de defunción.

El imperio fundado por madame Louise Moureau

Louise-Claire Moureau Troudeau llegó al Valle del Vino antes de nacer. Su padre, el ingeniero francés Jacques Moureau Bordieu, fue contratado por el gobierno para supervisar la plantación de las primeras vides en el valle, y dicen que su madre, Marie-Anne, al ver el verdor de las colinas y la suavidad del viento, exclamó: *je suis d'ici*¹.

De esta manera, Louise-Claire, madre de Eustaquio Rodríguez, nació y creció en el valle. Cuentan que desde pequeña acompañaba a su padre a recorrer las plantaciones de cabernet sauvignon, sauvignon blanc y pinot noire que se adaptaron a ese suelo. A la edad de 15 años, la pequeña

Moureau sabía que estudiaría Enología en Francia y volvería para plantar su propio viñedo.

El sueño se hizo realidad seis años más tarde, cuando volvió de Europa con su título de enóloga y unas matas de vides que, aseguró, se convertirían en el vino del valle. A diferencia de sus padres, decidió hacerse del terreno alejado al cerro para, siguiendo la más pura tradición enológica francesa, plantar a piedmont². Se trataba de Las Perdices, un antiguo paño abandonado cuyos dueños se negaban a vender pues reclamaban, además del precio de la tierra, que se les pagase el «entierro del diablo» situado en el lugar: joyas, monedas y otros tesoros que el maligno

1. Soy de aquí.

2. A pic de monte.

habría guardado ahí. Estos «entierros» son parte de las leyendas populares de la zona, razón por la cual nadie estuvo dispuesto a pagar por él, pues hasta el momento no se ha sabido de nadie que los haya desenterrado. Se dice que, en general, se trataba de un engaño para cobrar más de lo debido.

Eso fue así hasta que llegó la joven Moureau, quien se manifestó dispuesta a pagar la suma que ellos estimaban, aunque antes contrató a un equipo de rastreo para asegurarse de la existencia del entierro. Las primeras pruebas resultaron fallidas, pese a las exhaustivas pesquisas. Los propietarios alegaron que los entierros del diablo solían moverse de un lugar a otro para evitar ser descubiertos, y que la prueba de su existencia era, precisamente,

que cada vez que se cavaba un hoyo en su búsqueda, los huecos se inundaban de agua. Un fenómeno que fue comprobado por los propios técnicos contratados por la joven enóloga y, según consta en los archivos de la investigación, era de una naturaleza extraordinaria por tratarse de una tierra de secano.

Fue así como Louise-Claire decidió pagar la extraordinaria suma e instaló sus primeras vides a pie de monte. Desde entonces, la fortuna de los Moureau no paró de crecer.

El matrimonio con Eustaquio Rodríguez de la Cornellana, miembro de una de las familias aristocráticas más poderosas del país, vendría unos años después y, más tarde aún, el pequeño Eustaquio Rodríguez Moureau.

La leyenda

18 La lluvia de piedras los pilló en el cementerio. Estela y Javier habían seguido a la carroza fúnebre, como tantos jóvenes y niños curiosos del pueblo. Así es que al momento en que se vio el resplandor en la cordillera y se iluminó el valle, estaban en medio de la multitud.

—¡Calma, calma! —les gritó Cornelia con un timbre de pánico en la voz.

La abuela de Estela era una de las ancianas más conocidas del Valle del Vino y, como muchos, se encontraba ahí por curiosidad.

—¡El maligno, el maligno! —escucharon gritar a otros.

La gente comenzó a correr y en pocos minutos el cementerio se transformó en un caos de personas escapando en todas las direcciones. Estela había oído algunos cuentos sobre el diablo, pero siempre pensó que se los contaban para asustarla y nada más. Quiso preguntarle a su abuela, pero en ese mo-

mento comenzó una granizada de piedras del cielo que cayeron en montonera. Ardían como si, precisamente, vinieran de las entrañas del infierno.

Al contrario de la mayoría, Estela y Javier no huyeron, sino que se refugiaron bajo el techo de un mausoleo. Se acurrucaron junto a Cornelia, que llegó tras ellos tiritando de la cabeza a los pies y repitiendo como un mantra:

—Nadie escapa a las promesas que le hace al temible... nadie escapa a las promesas, nadie escapa al temible... —y los jóvenes notaron que su mirada se perdía más allá de las criptas, hacia Château Moureau.

Los peñascos que caían del cielo echaban humo al chocar contra la tierra y se desintegraban como por arte de magia. Muchos de ellos dejaban una estela con olor a azufre.

—El malvado reclama lo suyo. ¡Y pensar que hay quienes creen que pueden engañarlo... jajaja! —rió perturbadoramente Cornelia.

—¿De qué está hablando, señora? —preguntó Javier con miedo.

—Del diablo, ¿de quién más va a ser?

Javier la miró con la misma cara de sorpresa que Estela. En el valle corrían muchos cuentos sobre diablos, pero ¿qué tenían que ver con el cataclismo que les caía encima?



Las piedras sonaban sobre el techo como disparos, por lo que apenas podían escucharse entre ellos. De todos modos, Cornelia seguía hablando:

—Ninguna nube se cruzó en la historia familiar de los Rodríguez, pero siempre hay una primera vez... —dijo.

—El pobre hombre no le hizo mal a nadie, abuela, y acaba de morir —contestó Estela—. Dejémoslo descansar en paz.

—Yo sé de lo que hablo, chiquilla —replicó la mujer y siguió tiritando apegada a ellos.

De pronto, en el cerro Moureau se dibujó una figura. Ni hombre ni bestia, sino un rostro extraño, tenebroso, venido de otras tierras. Los jóvenes ahogaron un grito de espanto que Cornelia transformó en uno de furia.

—¡Esto es el colmo, Eustaquio! ¡El colmo! —reclamó y luego se persignó para seguir rezando—: Santa Virgen, protégenos; María madre de la misericordia, ayúdanos; ángeles del cielo, defiéndannos.

Estela pensó que su abuela había perdido el juicio. Literalmente.

—Cálmate, abuela —intentó consolarla.

Pero la mujer siguió invocando a cuanto santo se le ocurrió nombrar, hasta que la tormenta amainó,

el cerro recuperó su verdor y en el cielo se dibujó un arcoíris. Entonces, tomó a los jóvenes del brazo:

—Ustedes se vienen conmigo para la casa —y salieron juntos del cementerio, casi corriendo, como si vinieran persiguiéndolos.

—Vamos, vamos, no queremos que nos pille —decía y apuraba el paso.

22 Los jóvenes no pudieron evitar sonreír.

—Señora Cornelia, no sabía que fuera supersticiosa —se le ocurrió decir a Javier.

—¿Supersticiosa? ¡Supersticiosa! Lo único que faltaba, un poco más de respeto, por favor —dijo malhumorada.

Aunque lo que realmente le molestaba, como una espina en la espalda, era la desgraciada coincidencia de que su hija Amalia le enviara a Estela, su única nieta, justo cuando el diablo decidía aparecerse en el valle, ¡qué desdicha! Y más encima, la chiquilla llegó con un amigo. ¡Un amigo! ¿Dónde se vio algo así? En sus tiempos las niñas invitaban a sus amigas, no amigos. Su hija le restó importancia:

—Ay, mamá, no seas anticuada, Javier es como de la casa y ya casi terminan las vacaciones... estarán unos días nada más, no te pongas así.

Era anticuada, ¿y qué? Ya estaba vieja para cambiar algunas cosas, pero en realidad —lo sabía ella

mejor que nadie— lo que la sacaba de quicio era pensar todos los años que habían pasado... ¿Sería prudente alertarle? Ella recordaba como si fuera ayer la última vez, cuando logró mandarlo lejos... y ahora. Parecía un chiste cruel. Y continuó acelerando el paso, sin detenerse un minuto, hasta llegar a casa.

—Para adentro —les ordenó apenas llegaron. Entonces, se fue directo a la cocina y, como si quisiera espantar las últimas horas, se puso a picar verduras.

—¿Tendré que llamar a mi mamá a Santiago? —le preguntó Estela a Javier.

—No creo... Es normal que esté asustada. ¿Viste esa cara en el cerro? Era terrorífica.

—Nada. Son ilusiones ópticas, Javier, efectos de la luz y las piedras calientes, típicas reacciones químicas.

—A mí no me pareció nada químico ni menos típico, y concuerdo con tu abuela: creo que hay algo raro en ese cerro.

—¿Viste cómo miraba hacia la viña? —recordó Estela.

—Extrañísimo, yo creo que ella sabe algo que no se atreve a confesar.

—No sé si es para tanto, pero me pareció un poco absurdo. Es decir, ¿qué estaba ocurriendo ahí

en realidad? Debiéramos ir, ¿no te parece? —preguntó la chica.

—¿A la viña?

—Sí, ¿adónde más? Quizás averigüemos algo...

Y se quedaron un rato mirando a la abuela de Estela que cortaba zanahorias como para un regimiento.

—No saben nada y hablan —reclamó ella como si los hubiese escuchado.

—¿Quiénes? —quiso saber Estela.

—Ustedes, no tienen idea. Vienen de la capital y no saben.

—¿Qué tenemos que saber, señora? —preguntó Javier con respeto.

—El diablo es cosa seria y ustedes pretenden echárselo al bolsillo.

—Y dale... —dijo Estela, harta de escuchar sobre diablos y, dándose vuelta en sus zapatillas, se dispuso a salir.

—Váyase no más, pero cuando el diablo la encuentre se acordará de su abuela Cornelia.

—¿Usted se lo topó alguna vez? —se acercó Javier para preguntar.

—Pero claro —y Cornelia volvió sobre las zanahorias con ganas.

—Deja de picar, abuela, y cuéntanos —exclamó Estela.

La mujer detuvo el cuchillo a centímetros de la tabla en donde había suficiente verdura como para acompañar cuatro cazuelas.

—Cuando era chica me gustaba caminar por el cerro... bah, pero tú no crees en nada —dijo.

—No, no, por favor, sigue —replicó Estela, aunque íntimamente supo que su abuela tenía razón: no creía en esos cuentos mágicos que corrían en el valle.

—Les contaré con una sola condición: que me prometan que sabrán escapar a tiempo.

—Ay, abuela, ¿cómo podemos prometerle algo tan extraño?

—Entonces no diré nada.

Javier le dio un puntapié a Estela.

—Está bien, te lo prometemos.

—Que conste que escapar a tiempo significa que tendrán que tener los ojos muy abiertos frente a cualquier evento anormal, y cuando digo «cualquier», quiero que lo tomen literal. Un detalle insignificante les puede costar muy caro.

—Sí, señora —respondió Javier, que esperaba con ansias lo que tuviera que decir la abuela.

Ella se sentó y los jóvenes hicieron lo propio. Quedaron de frente a Cornelia. La anciana comenzó:

—Cuando era chica se perdieron unos niños en el cerro Moureau; una cuadrilla de seis excursio-

nistas de los que nunca más se supo nada. La gente habló de todo, qué no dijeron, y los padres, pobres hombres, hicieron lo imposible, pero cada pista que tenían los llevaba al mismo lugar: el cerro. Y ahí se perdía cualquier rastro, como si la tierra se los hubiese tragado. De hecho, muchos pensaron que eso fue lo que había pasado, que habían caído en una quebrada y se habían hundido en algún agujero bajo tierra. Todavía tengo grabada la cara de esos padres sin consuelo, siguieron buscándolos aún de viejos, aunque muchos murieron de pena.

»Con mis amigas hablábamos de ellos a escondidas. No sé por qué se impuso ese silencio, como si fuera un crimen nombrarlos públicamente. Así es que nos reuníamos en grupos, en el patio del colegio, y compartíamos lo poco que sabíamos y habíamos escuchado en nuestras casas, camino al colegio o en alguna tienda del valle... casi nada, la verdad. La mayoría de los cuentos era pura especulación. A mí me daba miedo pensar en lo que habría sido de ellos, porque era inevitable mirar el cerro e imaginarlos vivos, atorados bajo las rocas, en alguna cueva subterránea o en un túnel alimentándose de semillas y raíces.

—¿El cerro tiene túneles? —preguntó Javier.

—Eso dicen. De hecho, hay una leyenda que

cuenta que bajo el cerro hubo un pasadizo por donde se movieron los patriotas durante la guerra de Independencia —la anciana hizo una pausa, como si volviera a la edad de entonces—. Un día, con mis tres mejores amigas, decidimos hacer nuestra propia investigación. Y sin decirle a nadie partimos después de la escuela. Subimos cuidadosamente, fijando la vista en las quebradas, sus cuevas, en cada pequeño lugar que nos pareciera algo escondido, donde pudiese ocultarse un grupo de niños, pero en el cerro no había nada y tampoco encontramos a nadie. Comenzó a atardecer y estábamos entumidas, así es que decidimos volver. Íbamos bajando cuando escuché mi nombre, clarito como el agua. Me di vuelta y cerca de una roca vi a un gato negro que me llamaba. Les dije a mi amigas: «Miren, el gato habla». Para cuando ellas se dieron vuelta, el animal había desaparecido. No me creyeron, pensaron que quería asustarlas y se burlaron. Al principio me sentí frustrada, aunque luego comencé a dudar de mí misma, ¿y si verdaderamente nunca había habido un gato ahí? ¿Acaso me estaba volviendo loca? Las dudas me torturaron toda esa noche, ¿había soñado al gato? Decidí volver sola al día siguiente. Me fui directo hasta la roca y me senté a esperar a que apareciera, pero me quedé dormida. No sé cuánto

tiempo estuve así, hasta que de pronto, me despertó el sonido de un carraspeo, algo metálico, un ruido venido de otra parte. Abrí los ojos pesadamente y me asusté: frente a mí estaba el gato

»—Hola, Clara —dijo.

28 »Y di un salto hacia un costado, me refregué los ojos y, entonces, no era un gato el que estaba ahí, sino un hombre de cara larga, mirándome. «¿Cómo llegó usted hasta acá?», le pregunté, y el hombre, que andaba con chaqueta y corbata de humita, me dijo que me había visto durmiendo en la roca y de pura lástima se había sentado a esperar a que despertara. Y entonces me di cuenta...

—¿De qué? —preguntó Javier.

—¡De que era el diablo! Así es que le dije: «No me venga con tonteras, usted es el diablo». ¡Nunca he podido olvidar la cara que puso! De todos modos lo negó. Así es que insistí: «Váyase de aquí diablo malo, no quiero tener problemas con usted». El hombre, entonces, torció la cabeza; se notaba molesto y los ojos le brillaban extrañamente cuando me preguntó: «¿Y cómo sabe usted que soy el diablo?». Yo le mentí al responder: «Porque le estoy viendo la cola». Al diablo hay que desenmascararlo antes de que se muestre. El hombre llevaba la cola recogida y no se le veía, pero yo había notado el brillo en sus ojos



y esa forma confundida de hablar. Por los cuentos que había escuchado en el valle, yo sabía que si uno duda un segundo de lo que está diciendo, pierde su alma... y yo no quería terminar firmando un trato del que luego me arrepentiría para siempre.

—¿Y ese lugar queda cerca de aquí, abuela? —preguntó Estela.

30 —Lamentablemente, sí, por la quebrada hacia adentro, a menos de cuarenta minutos.

Los jóvenes se miraron. Tenían clarísimo lo que harían al día siguiente.

—¿Y cómo logró escapar? —preguntó Javier.

—Tal como les contaba, lo encaré y repetí: «No me mienta, diablo, que no tendrá una alma más este día». Y en menos de un segundo, el traje que llevaba puesto se llenó de llamas. Nunca había visto a un hombre ardiendo, pero con el diablo conviene no dárselas de mirón, porque esos minutos son importantes para escapar. No corrí, simplemente bajé el cerro cantando: «Váyase, diablo malo, a hacer sus travesuras a otro lado». Y así me salvé.

La mujer volvió a picar verduras.

—Ay, abuela, seguro que nos cuentas esto porque crees que nos dará miedo.

—Me pidieron que les dijera lo que sé y esa es la historia —respondió la mujer.

—Ok, ¿pero qué tiene que ver esto con Eustaquio Rodríguez y la tormenta de esta tarde?

—Sé de lo que hablo, mijita, créeme que me encantaría estar equivocada, pero lamentablemente no es así: ese viejo zorro pudo engañar al pueblo entero, salvo a mí.

—¿Dices que él vendió su alma? —preguntó Estela, todavía incrédula ante las palabras de su abuela.

31

—¿Qué si vendió su alma...? Estela, ¿acaso escuchaste algo de lo que te conté? —se detuvo un segundo, luego dijo—: No se hable más, toda esta historia me pone de pésimo humor y tengo mucho que hacer —y salió de la cocina dejando sobre la mesa la montaña de verduras picadas.

—Qué extraño —comentó Estela—, juraría que quiso decir algo y después se arrepintió.

—Me pareció lo mismo —dijo Javier y le dio un mordisco a una zanahoria.

—¡Deja eso! —lo retó Estela y salió de la cocina.

Cerca del cerro

32 Al día siguiente, la noticia estaba en todos los periódicos. «Lluvia de piedras y una luz incandescente aterró a los habitantes del Valle del Vino durante el funeral del magnate del vino», titulaba la mayoría de los diarios. El pueblo seguía convulsionado y los periodistas, que hasta el día anterior habían permanecido cerca de la base militar, andaban por todos lados, recorriendo calles, restaurantes y tiendas, buscando nuevas entrevistas con las que abultar sus reportajes. Todos querían encontrar alguna relación entre los fenómenos naturales y la muerte del viñatero.

Claro que los reporteros no eran los únicos en las calles, los militares también se paseaban por el pueblo en tanquetas y autos todoterreno, y un pelotón armado custodiaba el camino hacia Las Perdices. Habían reforzado la guardia de la antigua base, un centro de investigaciones astronómico y paranormal que —según era sabido— las Fuerzas

Armadas instalaron el año del temporal de agua y granizo que amenazó con inundar el valle.

Algunos lugareños contaron a los periodistas que en ese entonces también se vio la cara de un hombre bestia. Según ellos, por esa razón el Ejército aún no abandonaba el lugar. Estela recordaba perfectamente los cuentos que le contara su padre alguna vez, mientras subían el cerro en busca de la «pata del diablo». Decían que se encontraba estampada en una roca, pero jamás llegaron a ver ni la roca ni la pata y por eso Estela no creía en nada que dijeran. Esas historias se habían remitido a meras habladerías y estaba segura de que esta vez sería igual.

Así es que esa mañana estaba decidida a ir con Javier al cerro y a Château Moureau. Tomaron desayuno junto a la abuela y Estela notó cierta preocupación en su mirada, pero, por más que le preguntó, ella se limitó a decir que todo estaba bien, que no pasaba nada.

Estaban saliendo hacia viña cuando Cornelia los detuvo:

—¿Adónde van? —le preguntó.

—Relájate, abuela, vamos a dar una vuelta.

—Acabo de colgar con tu mamá, le pedí que viniera a buscarte esta misma tarde —dijo secamente.

—¡Pero, abuela!

—No hay «pero» que valga, querida, no quiero arriesgarme esta vez.

—¿Esta vez?

—No me hagas caso. Los espero a almorzar y luego a hacer las maletas.

—Pero acabamos de llegar...

34 —Ni una palabra, almorzaremos a las dos. No lleguen tarde.

Se dirigieron hacia el cerro por la quebrada, era el camino más difícil, lleno de piedras y maleza. Estela lo recordaba perfectamente, porque cada vez que visitaba a su abuela iba a recoger guarisapos al estanque, a un costado de la quebrada, y terminaba con las piernas rasguñadas y llenas de moretones. Pero también sabía que era el camino más rápido y el mejor para pasar inadvertidos.

Unos helicópteros atravesaron el aire.

—¿Los escuchaste sobrevolar anoche? —preguntó Javier.

—Insoportable, no me dejaron dormir.

—A mí tampoco.

—Estuve a punto de ir a buscarte a tu pieza para que jugáramos cartas.

—Jajaja, tu abuela se habría muerto.

—Por eso me quedé. Perdónala; según ella, las mujeres no pueden tener amigos.

—Mucha gente piensa lo mismo que tu abuela.

—Javier, te conozco desde que aprendí a andar en triciclo, ¡no me voy a pasar cuentos contigo! —exclamó y se arrepintió de inmediato, porque Javier se puso rojo como un tomate. Así es que optó por volver a los helicópteros—: Tanta cosa por tan poco, ¿no?

—Mmm —fue el comentario de Javier.

—¿Qué crees que andan buscando?

35

—Lo que sea que buscan, no lo han encontrado, eso es seguro, porque si no no tendríamos a esos helicópteros sobre la cabeza —dijo señalando el cielo.

Y hubiesen seguido conversando sobre helicópteros si no hubiese sido porque llegaron a los pies del cerro. Desde ahí pudieron ver lo que ocurría al interior de la base militar.

Por el camino principal, Estela y Javier divisaron a un grupo de periodistas que intentaban tomar nota y registrar con sus lentes la base; sus flashes se disparaban sin ton ni son, como si hubiese un espectáculo invisible para todos los demás. Los jóvenes, en cambio, se mantuvieron ocultos detrás de los matorrales. Un helicóptero enorme pasó sobre sus cabezas.

—¡Mira! —exclamó Javier con entusiasmo.

—Javier, habla más despacio, si nos descubren

aquí nos mandarán para la casa —contestó Estela al tiempo que sintió una voz que los llamaba.

—¡Pst! ¡Pst!

36 Se dieron vuelta y descubrieron a un hombre alto, de unos cuarenta y algo, tan delgado que había algo irreal en su figura. Usaba unos pantalones de tela gris y chaqueta de tweed que le hacía juego. En la cabeza llevaba puesta una boina proyectada hacia delante, que le otorgaba un aire distinguido, como de otro tiempo.

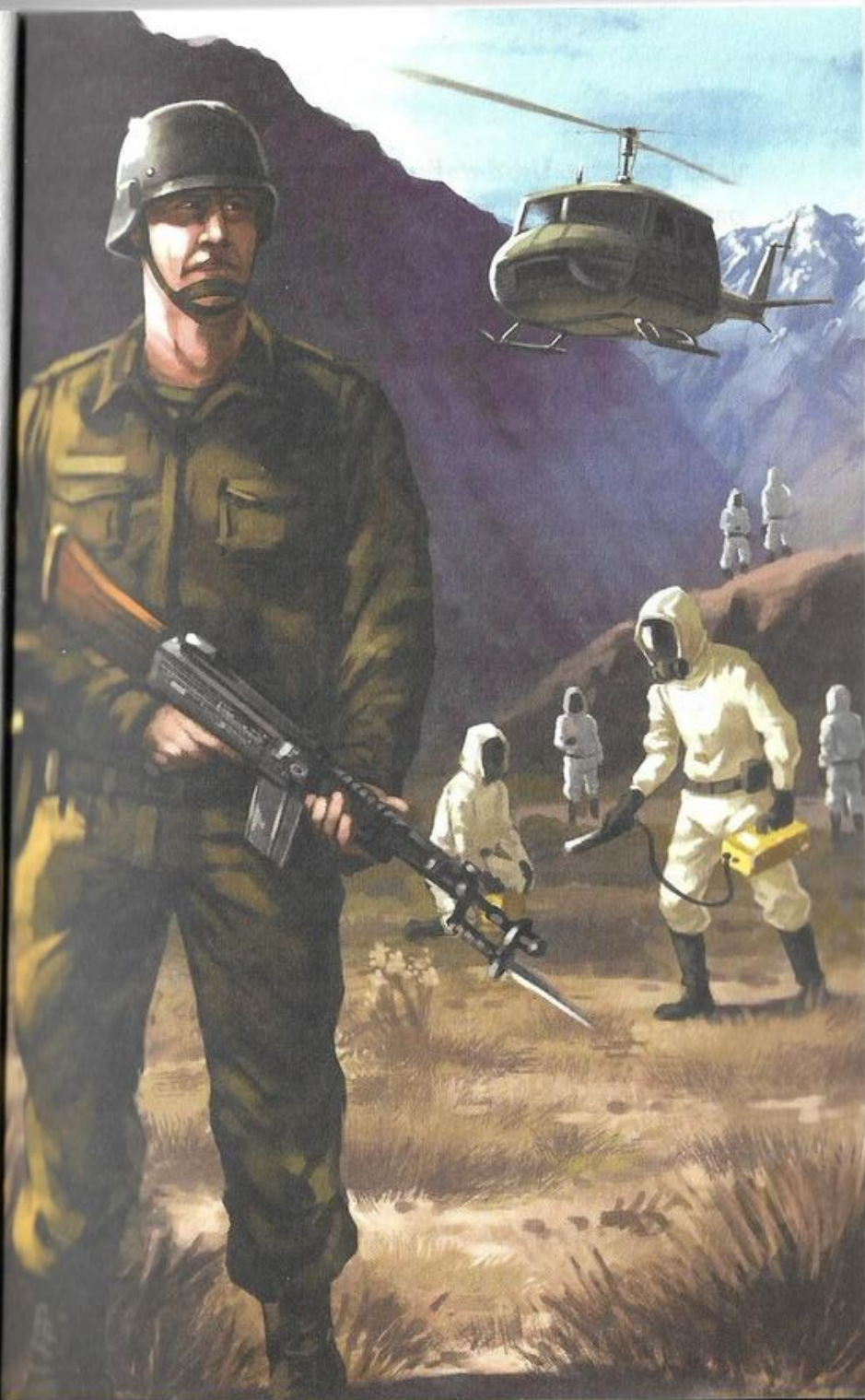
—¿Qué sucede? —le preguntó Javier.

—Será mejor que sigan subiendo el cerro por la quebrada, creo yo —comentó.

Los jóvenes miraron hacia la hondonada y luego al camino que llevaba al cerro. En ese instante, los periodistas eran interrogados por un grupo de militares y, estacionadas a un costado, había unas tanquetas. Estaban lejos como para oír lo que decían, pero Estela supuso que les informaban que estaba prohibido tomarle fotos a la base.

—¿Qué estará pasando? —preguntó Estela a Javier.

—Lo mismo de siempre: la autoridad hace uso indiscriminado de la fuerza —explicó el hombre detrás suyo y fue cuando Estela se fijó en los zapatos negros de charol impecablemente lustrados que lle-



vaba puestos. Un detalle curioso, si se pensaba que para llegar hasta ahí tuvo que recorrer el mismo camino que ellos.

38 Instintivamente miró sus pies, sus zapatillas llenas de tierra y clonquis. Sin embargo, la distrajo un silbato. Al parecer, uno de los militares intentaba poner orden entre los periodistas. Vieron que uno de ellos sacaba un montón de papeles para acercárselos al jefe militar a cargo.

—Por la quebrada, sin duda —volvió a decir el hombre, pero Javier y Estela, atentos a lo que ocurría en el camino, ni siquiera voltearon para ver.

En esos momentos, las tanquetas comenzaban a retirarse y los periodistas, en tanto, escondían sus cámaras de fotos.

—Les prohibieron sacar fotos, será mejor que sigamos por la quebrada —dijo Javier.

—Sí, como dice... —Estela no alcanzó a terminar la frase, porque al darse vuelta para mirar al hombre de los zapatos de charol, descubrió con cierto terror que ya no estaba.

—No está —dijo perpleja.

—¿Quién? —preguntó Javier.

—Ese señor bien vestido, el de los zapatos de charol —comentó.

—Ah, el periodista —contestó Javier sin darle importancia.

—El mismo... —respondió ella.

Reanudaron la caminata por la quebrada, pero Estela sentía algo parecido a un malestar a la altura del estómago, un presentimiento quizás, no una certeza, algo que no le cuadraba totalmente y le nublaba el pensamiento.

Comenzaron a subir entre espinos, matorrales y árboles paludos que les pescaban la ropa, como si el terreno mismo quisiera impedirles la marcha, obligándolos a detenerse a cada rato.

—Tendríamos que haber traído un machete —dijo Javier.

—¡Ja!, y ahora se te ocurre dártelas de Indiana Jones —contestó Estela. Javier rio de buena gana.

—Indiana Jones, no se me había ocurrido —replicó.

—¿Será buena idea subir? —preguntó Estela, sin poder contenerse.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo?

—No sé, siento que hay algo raro en todo esto.

—¡Y me retas a mí! ¿Qué nos puede pasar, ah?

A Estela no se le ocurrió pensar en nada que no fuera su propia sugestión, y tras desenganchar su polera atascada en una rama, continuó subiendo.

La quebrada se fue hundiendo hacia un costado, formando un precipicio al lado de sus pies. La tierra se volvió arenosa y los matorrales —que hasta entonces les pasaban por encima de la cabeza, resguardándolos de miradas y helicópteros— comenzaron a hacerse pequeños y menos frondosos. Les costaba 40 trabajo mantener el ritmo además, el calor se dejó sentir con la potencia que tiene el sol de mediodía.

El malestar de Estela iba *in crescendo*. Ahora lo sentía cada vez más parecido a la fiebre, porque le dolía la cabeza, le zumbaban los oídos y se sentía mareada; el cuerpo se le hizo demasiado pesado para una chica de 13 años. Quizás por eso perdió el equilibrio y se resbaló, a pesar del intento de Javier por retenerla del brazo.

—¡Afírmate, Estela! —dijo, tirándola hacia arriba, pero Estela igual rodó precipicio abajo.

En algún punto distinguió las alas de un helicóptero que sobrevolaba su cabeza y creyó escuchar la voz amplificadas venidas del aparato pidiéndole que se detuviera. Que lo hiciera ahora mismo. El problema es que Estela caía inevitablemente por la tierra, arrastrando piedras, hojas y cuanto se encontra-

ba con ella en esa carrera loca hasta el fondo de la quebrada. En un minuto cerró los ojos y esperó que todo acabara, entregándose a ese mareo que le hacía la cabeza tan pesada, al golpe seco de las piedras sobre su espalda.

La voz proveniente del helicóptero continuaba alertando: «¡Deténganse ahora mismo! Están en un área restringida, personal militar procederá a recogerlos». Cuando escuchó esas palabras, Javier vio que su amiga iba a la velocidad del rayo rodando cerro abajo y temió. Un miedo jamás experimentado a esa autoridad que se asomaba por los aires, pero sobre todo, y lo más importante, a perderla, a que le sucediera algo, a ella, su amiga entrañable. Así es que en un impulso irrefrenable se lanzó detrás, corriendo por la quebrada, sin preocuparse de las piedras que le entraban por las zapatillas ni de su cuerpo que desafiaba la gravedad en esa carrera hacia adelante.

Llegaron a los pies de la quebrada con unos minutos de diferencia. Una nube de tierra cayó sobre ellos, empolvándoles hasta los dientes, y por un segundo, protegiéndolos de la mirada de los militares que iban arriba del helicóptero. Unos segundos muy confusos, la verdad, porque entre que Estela terminó de caer y abrió los ojos, recuperada, ya sin mareo ni dolor de cabeza, Javier cayó a su lado.

—¿Y tú?

—Nos descubrieron —advirtió Javier, y entonces, en medio de esa humareda, escucharon el batir de las aspas del helicóptero.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Estela con angustia.

—¡Pst, muchachos, por aquí!

42 La voz que los llamaba era del hombre de chaqueta de tweed y zapatos de charol. Curiosamente, esta vez tampoco tenía ni una pizca de polvo. Ellos, sin siquiera pensarlo, lo siguieron.

La polvareda seguía impidiendo ver con claridad, por lo que caminaron detrás del hombre sin saber hacia dónde se dirigían realmente.

—Por aquí, ¡dense prisa! —los apuró a entrar por un enorme hueco que se abría a un costado del cerro.

Estela se detuvo unos segundos antes de dar ese paso hacia adentro. En los años que había visitado el valle, jamás notó ese hueco en la quebrada y recordó la historia que le contó su abuela sobre los niños perdidos y el túnel de los patriotas. ¿Y si con la caída había torcido el camino habitual y sin querer había dado con esa antigua entrada? Era impresionante imaginarlo, pero difícil de creer, pues ¿cómo es que la gente del valle podría haber pasado por alto un hueco de ese tamaño?

Estaba sumergida en esos pensamientos cuando la mano de Javier la tomó con fuerza y la internó por el cerro, en las profundidades de esa roca húmeda y oscura.

El túnel

44 Apenas pusieron un pie en el túnel, el hueco por donde habían entrado desapareció como por acto de hechicería, y ahora estaban dentro del cerro, a oscuras y en silencio. El hombre de los zapatos de charol y chaqueta de tweed volvió a apresurarlos.

—¡Dense prisa! —dijo—, tenemos que avanzar un buen trecho todavía.

¿Hacia dónde iban?, quiso preguntar Estela. ¿Ahora cuál era la urgencia? Y más íntimamente, ¿por qué obedecer a un desconocido? Pero entre la confusión y, sobre todo, el aplomo con que el hombre les ordenaba, los chicos no opusieron resistencia; como si supieran realmente en qué se estaban metiendo, como si supieran quién era ese hombre extraordinariamente bien vestido.

Estela se echó a andar detrás de Javier, manteniendo una distancia prudente con el hombre. Caminaban lento; en cambio, el hombre avanzaba con rapidez y cierta ansiedad. A cada rato se volvía para verlos.

—¡Excelente, muchachos! ¡Qué buenos excursionistas resultaron ser! Un último esfuerzo, ya casi llegamos.

¿A qué se debía tanto entusiasmo?, desconfió Estela, e iba atenta a sus movimientos. En una de esas oportunidades, la joven creyó ver una chispa color rojo intenso en sus ojos que la aterró. Disimuladamente tomó la mano de Javier e intentó advertirle.

—Javier —susurró.

Pero el chico no escuchó.

—Javier —volvió a insistir más fuerte.

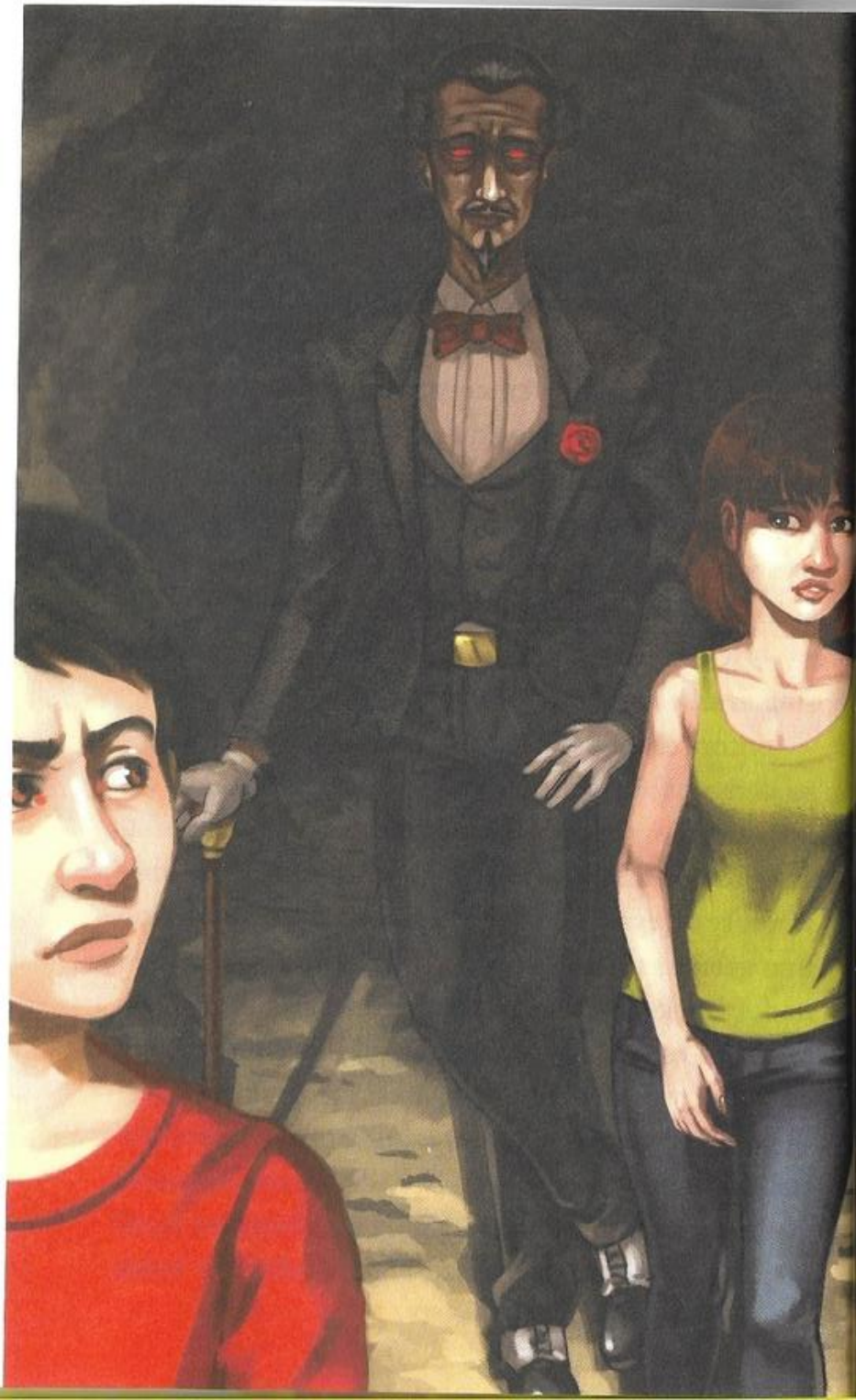
—¿Qué pasa? —se dio vuelta el hombre y puso su mano sobre el hombro de Estela.

Entonces, ella notó que sus uñas no eran lo que se llama habitualmente «uñas», pues tenían un color amarillo y terminaban en pequeñas garras filudas y oxidadas. Con horror se hizo a un lado, librándose de esa mano que no parecía una mano, sino una garra, y preguntó:

—¿Hacia dónde conduce este laberinto?

—No es un laberinto —dijo el hombre—, es un túnel.

—Qué extraño —contestó Estela—, este túnel es casi una leyenda en el valle y usted, como si nada, conocía la entrada. ¿Había estado antes aquí? —preguntó y aprovechó que el hombre se había



dado vuelta para darle un empujón a Javier. Pero él como si nada.

—Bien extraño, realmente, porque este túnel ha estado aquí desde que se formó la montaña.

—¿Ehhh? —Javier parecía llegar de otro planeta. Estela le tironeó la mano.

—¡Javier! —pronunció entre dientes, pero el chico avanzaba como zombi.

El hombre, sin detenerse, comenzó a hablar:

—No siempre se obtiene lo que se quiere, ¿sabía usted? Para mí es una tristeza ver como los hombres se debaten entre lo que desean y lo que les es posible obtener. Porque, claro, aunque digan lo contrario, a mí me gusta complacerlos; en cierto modo, hacer el bien. No sé si se habrá percatado, pero entre el bien y el mal hay una distancia moderada...

—¿De qué está hablando?

—Le voy a poner un ejemplo para que me entienda. Este lugar, el túnel, ha servido para causas muy distintas y aquí ha estado siempre, a disposición de quienes lo necesiten. En una época, años atrás, ayudó a rebeldes, aspirantes a la revolución que cabalgaron con sus armaduras, siempre hacia adelante, promoviendo un cambio, yéndose contra la corona, su monarca y su imperio. Otros entraron en él buscando la libertad, ya no había corona ni monarquía,

pero continuaban las diferencias, añoraban un cambio, poner fin a la supremacía de unos pocos y devolver el poder al pueblo —el hombre hizo una pausa y luego emitió una carcajada que sonó metálica—. Jajajaja, como si la palabra «pueblo» fuera capaz de contener las injusticias que se libran en su nombre.

—No debería reírse de los sueños de los demás.

48 —*No debería reírse...* —el hombre la remedó con sorna y se detuvo.

Habían llegado a una intersección donde, además del camino por el que venían, el túnel se abría hacia otros dos brazos. El hombre avanzó hacia Estela para quedar de frente y la chica entonces pudo ver clarísimo el destello en sus pupilas.

—Los hombres anhelan y sufren. No soy yo el que me río, son ellos los que se exponen a la burla buscando lo imposible. Así es que le pregunto a usted: ¿hago mal dándoles una mano?

Estela dio un paso hacia atrás. Decididamente había algo terrorífico en la mirada de ese hombre.

—No dije que hiciera mal ayudándolos —contestó—, es solo que me parece cínico que los ayude para burlarse de ellos después.

—Jajajaja —el hombre volvió a romper en carcajadas.

Estela no supo qué era lo que le causaba tanta gracia.

—Cínico —dijo una vez que controló la risa—. Cínico —repitió.

—Porque supongo que los ayuda por otros motivos... —trató de explicarse Estela.

—¿Y qué sabe usted de mis motivos? ¿Le he dicho algo al respecto? Como le expliqué, el bien y el mal están a una distancia más delgada que esta uña —y acercó una de sus garras. 49

Estela logró controlar el miedo y repuso:

—Por muy cerca que estén, como usted dice, no es lo mismo hacer el bien que hacer el mal.

—Ah, eso es verdad. No obstante, ¿quién juzga cuándo se hace el bien y cuándo el mal? No es una pregunta retórica, mi querida jovencita; si lo piensa bien, se dará cuenta de que la distinción muchas veces es antojadiza. O, si usted quiere, una cuestión de prejuicio —contestó el hombre.

—De todos modos, no entiendo por qué estamos hablando de esto —replicó Estela y tiró de la mano de Javier, que seguía como dormido.

—¡Ja! Porque es el único tema posible y, aunque le parezca a usted banal y fuera de tiesto, lamento informarle que es una conversación que dura toda una vida —contestó exaltado y resopló. Un ronqui-

do venido desde las profundidades de la tierra estremeció las mismas rocas del túnel—. Tu vida no será nada fácil, muchachita —vaticinó.

—Perdone, pero yo no creo en el destino.

—¿Quién está hablando de destino? Me refiero a la vida misma —respondió él.

—Bueno, creo que debemos irnos —dijo Estela, al tiempo que volvió a tironear del brazo de Javier.

El hombre pareció no escuchar, porque siguió como si no hubiese oído el comentario de la chica.

—No siempre los deseos son nobles, ¿sabía usted? Muchas veces, más de las que se imagine, los hombres se conforman con lo de menos. El dinero es lo más común, todos quieren monedas contantes y sonantes. Un simple lingote de oro los hace ponerse a disposición de cualquiera; eso es triste de admitir, ¿no cree?

Ella no supo qué contestar. Y volvió a sentir ese mareo y unas ganas de correr lo más rápido que le dieran sus piernas. Pero Javier seguía sin reaccionar.

—De todos modos, este túnel ha estado aquí siempre. Algunos lograron lo que querían, otros se conformaron con pequeñas cosas o, simplemente, cimentar un camino...

—Qué interesante —contestó Estela, procurando terminar de una vez con esa perturbadora con-

versación—. No quisiera ser grosera, pero tendremos que despedirnos. ¿Le importaría decirme hacia dónde conduce este túnel?

—¡Ay, muchacha!, eso es lo que trato de explicarle hace rato, pero usted no escucha.

—¿Que no lo escucho? ¡Pero si usted ha hablado sin parar! —reprochó la chica.

—Ya, ya, déjese de quejas y óigame bien: este túnel puede conducirla a muchas partes... como le decía, depende de lo que usted desee, y para eso solo tiene que escoger. ¿Qué es lo que más quiere en esta vida?

—Mire, señor, no sé si se habrá dado cuenta de que nos persigue un ejército de helicópteros —dijo impaciente—, por lo que no me parece que sea el momento para discutir sobre deseos.

—Así es que no desea nada... —concluyó el hombre de zapatos de charol y garras.

—No he dicho eso. Dije que me gustaría saber hacia dónde va un camino y otro —y pellizcó con tanta fuerza a Javier que el chico saltó dando un grito.

—¿¡Qué haces!?! —le alegó.

—Su joven amiga, Javier, no aspira a nada —le dijo el hombre.

—¿De qué está hablando? —Javier se volvió hacia Estela para preguntar.

Ella miró a Javier queriendo advertirle del peligro en que se encontraban, pero Javier parecía venir aterrizando de la Luna.

—Creo que será mejor separarnos —le explicó al hombre con la voz más tranquila que pudo y empujó a Javier para que la siguiera.— Tomaremos el camino de la izquierda —y apuró el paso.

52 —¡Algún día recordará esta charla, señorita Estela! —gritó su nombre cuando los jóvenes llevaban avanzado un trecho.

—Quizás —contestó ella y continuó avanzando mientras una duda le apretó el pecho: ¿cómo sabía su nombre si nunca se lo dijo?

Una fiesta en el cerro

—¿Me puedes explicar qué fue todo eso? —preguntó Javier. 53

—Ese hombre no me da confianza, esconde algo, Javier, estoy segura. Sigamos avanzando, ya te contaré, pero ahora no te detengas —ordenó la chica y se volteó para comprobar que no vinieran detrás de ellos.

Después de un rato, cuando se sintió un poco más tranquila, quiso saber:

—Y a ti ¿qué te pasó? ¿Te quedaste dormido o qué?

—No sé. Ahora que lo pienso fue bastante divertido.

—Aterrador, querrás decir.

—Para nada, Estela. Fue graciosísimo... caminar entre las nubes, piii, piii, piii —y dio unos saltitos que dejaron a Estela boquiabierta—, lejos, súper lejos de la Tierra. Jajaja, imagínate, ¡tu voz llegaba con eco y hablabas sola todo el rato!

—No hablaba sola, Javier, iba conversando con ese hombre espantoso —replicó y un escalofrío le recorrió el cuerpo—. Creo que intentaba convencernos de algo, no tengo muy claro de qué... —pensó la chica.

54 —No sé, a él no lo escuché; tu voz, en cambio, sonaba como música de fondo: blablablabla. No entendía de qué hablabas, Estela, y el camino estaba soleado, lleno de plantas rarísimas, hojas con formas de animales, como las de la selva del Amazonas, y volaban pájaros de colores fosforescentes. ¡Impresionante! Había una cacatúa con cara de gato de color amarillo y morado, tan graciosa. Quería mostrártela, Estela, porque era de este porte —y con los dedos mostró una pulgada—. Y me seguía de hoja en hoja, dando saltitos así —y Javier la imitó saltando como un chincol. Estela pensó que eso era lo único que le faltaba: su amigo había perdido el juicio.

Javier continuó:

—De repente se paró sobre la hoja de un helecho, y cruzando sus diminutas patitas delanteras a la altura del pecho —la hubieras visto Estela, era tan divertida—, me dijo: «Pase por aquí, no se arrepentirá». Lo curioso es que yo no caminaba, es decir, no sé, estaba a centímetros del suelo y tenía la sensación de ir flotando en el aire, ¿me entiendes?

—Ajá —respondió Estela, sin prestarle mucha atención. Le preocupaba volver a toparse con el hombre en cualquier momento.

—Y de repente, cuando ya había olvidado a la cacatúa, ¡paf!, apareció un gato negro, pero Estela, no cualquier negro, sino uno como la noche oscura. Usaba unos ridículos anteojos de sol, también unos guantes blancos que le cubrían la mitad de sus piernas delanteras, y una corbata. A cada rato, como en un acto reflejo, se pasaba sus patas delanteras por el pelo de su panza y de sus piernas traseras, como si quisiera quitarle unas arrugas invisibles... ¡Impresionante, Estela! Caminaba al lado nuestro y tú no te dabas cuenta, hacías como si nada, ¡iba tan cerca de ti!

—Ay, Javier, creo que estás alucinando...

55 —Nada que ver, Estela. Tú estabas ahí, al lado mío, es imposible que no vieras al gato... también hablaba, creo que todos los animales hablaban, aunque no estoy seguro. Me preguntó si lo estábamos pasando bien, yo le contesté que sí, que gracias; luego quiso saber si el amo me trataba gentilmente; «¿qué amo?», le pregunté, y entonces se hizo el desentendido, creo que me tomaba el pelo. Al igual que la cacatúa, me invitó: «Vamos a hacer una fiesta», dijo; pero en vez de seguirlo, como quería, algo

me tironeaba en otra dirección. Entonces lo vi abrir una puerta diminuta a un costado de las plantas, se escuchaba música y pude ver ahí dentro a la cacatúa tomándose un jugo de piña con una bombilla de plástico calipso, jajajajaja.

—Javier, escúchame no más, ¿quieres? Realmente no es el momento, tenemos que salir de este túnel.

56

—Estela, te estoy contando las cosas tal como pasaron: era una fiesta de verdad, no sé cómo no escuchaste la música. Además se veían montones de animales bailando, el gato se había vestido de frac y nos esperaba en la entrada con una reverencia. Pero aunque intentaba ir con él, algo me tiraba con fuerza y me di cuenta de que eras tú, Estela, que me llevabas de la mano sin soltarme, y justo cuando encontré la forma de deshacerme de tu brazo, sentí un pellizco que me dobló de dolor y, ¡zasss!, estaba de vuelta en el túnel.

—¡Qué sarta de tonterías! —reclamó Estela enojada—; te quedaste dormido y caminabas como un sonámbulo y ahora crees que sucedió todo eso, ¡despierta de una vez!

Javier la miró con extrañeza.

—¿Por qué te pones así?

—Porque estamos en peligro y mientras antes salgamos de este túnel infesto, mejor.

—¿Y los militares?

—¿Y ahora te importan los militares? ¡Ja! A mí me preocupa muchísimo más ese hombre vestido con esa ridícula chaqueta de tweed, ¿quién puede caminar por el cerro vestido así? —replicó furiosa.

Y siguieron avanzando tomados de la mano, en gran parte porque Estela temió que Javier volviera a su sonambulismo.

57

El túnel comenzó a abrirse en una quebrada, los arbustos interrumpían la salida, pero de todos modos, al sentir el aire fresco y atisbar el cielo, Estela se sintió a salvo. ¡Habían logrado salir! Corrió hacia la luz, siempre llevando a Javier de la mano, y se asombró de ver que estaban en Château Moureau.

Iban descendiendo por entre las parras cuando una patrulla de militares los interceptó. Por encima de sus cabezas volaron dos helicópteros, y desde uno de ellos descendió por una cuerda un hombre armado. Estela, paralizada por el terror, abrazó a Javier.

—No nos pasará nada, Estela —le susurró él.

Estela se sintió tranquila del brazo amigo, su compañero de juegos y confidente. Hundió la cabeza en su pecho y esperó.

El hombre fue rápido, los separó de un solo tirón y los tomó por los hombros.

—¿Adónde creían que iban? —preguntó.

Los jóvenes no respondieron.

—¿No saben que esta área está bajo protección militar?

No, no lo sabían, pero tampoco contestaron.

58 —¿Qué hacían en el cerro? —el militar insistía pregunta tras pregunta, pero ellos no abrieron la boca. Iban con los ojos entornados por el miedo, la sorpresa.

—¿No saben que podrían ir presos por algo así?

Tampoco lo sospechaban, aunque no lo dijeron.

—¿No se dan cuenta que corren peligro al caminar por esta zona?

Estela sabía que corrían peligro, pero no estaba segura de que se tratara del mismo que insinuaba el militar.

Los escoltó hasta la base, ubicada a un costado de la viña, en donde pudieron ver a miles de hombres corriendo de un lugar a otro; por todas partes se acumulaban cajas; por todas partes se daban instrucciones. Algo estaba pasando, eso era evidente, pero ¿qué? Los camiones que entraban y salían —como si se tratara de un carrusel—, traían aún más cajas y unos hombres intentaban coordinar el

caos lanzando órdenes a gritos. Había una ansiedad preocupante en el ambiente, Estela le comentaría más tarde a Javier, como si los militares se estuvieran preparando para una batalla, aunque ignorara cuál o quién era el enemigo.

Así es que Estela preguntó qué ocurría. El joven que los llevaba la miró de reojo. Eso fue todo. Ella se mantuvo atenta, no quería que se le escapara ningún detalle que le ayudara a reconstruir su propia versión sobre los hechos, aunque ¿cuáles eran realmente esos hechos? Intentó armar la película de los últimos sucesos, partiendo desde la lluvia de piedras en el cementerio.

En tanto, el soldado los dejó a cargo de un segundo hombre, que los trasladó a una tienda de campaña, una de las tantas instaladas a los pies del cerro. ¿Cuántos hombres estarían apostados en la base?

—¿Qué crees que esté pasando? —le preguntó a Javier.

—Ni idea —fue su respuesta y se acercó para decirle, tan bajo como pudo—: Pero caímos en medio de la fiesta.

Estela sonrió desanimada. Para Javier todavía era un juego; en cambio, ella seguía teniendo ese presentimiento. Algo iba a pasar, algo ya había pasado, algo que estaba más allá del control de esos hombres. En-

tonces recordó las palabras que le dijera el hombre: «El túnel ha servido para causas muy distintas y aquí ha estado siempre». E imaginó que era eso precisamente lo que buscaban aquellos hombres. El túnel de los patriotas. Por eso cavaban la montaña, por eso la hacían explotar en algunas partes para dar con esa pista arqueológica que llenaría de gloria a las Armas.

60 De pronto apareció un tercer militar, más joven que los otros dos y menos preocupado de interrogarlos que los demás, quien les dijo:

—Tengo órdenes de llevarlos hasta su casa, ¿tienen todas sus cosas con ustedes?

—No traíamos nada —contestó Javier.

El joven rio.

—Ah, verdad que venían del cerro —dijo en tono alegre, mientras los tres se subían al auto militar—. ¿Qué andaban haciendo?

—Qué hacen ustedes con tanto secreto, nos preguntamos nosotros —contestó Estela.

—Supongo que saben que este es un centro de investigaciones... —dijo en tono de misterio—, en este lugar se han producido avistamientos —respondió bajando la voz.

—¿Ovnis? —quiso saber Javier.

El soldado no contestó, solo siguió conduciendo hasta llegar a casa de Cornelia.

La abuela los esperaba en la calle. No se veía contenta.

—¿¡Dónde se habían metido!/? —fue su forma de saludarlos.

—No se preocupe, señora —respondió el militar—, no ocurrió nada malo, los jóvenes fueron desalojados de una zona de protección militar...

—Estábamos en Château Moureau —interrumpió Estela.

—En los próximos días haremos pruebas con material explosivo, por lo que resguardamos un perímetro de seguridad.

—¿Y eso por qué? —preguntó la abuela.

—Es información confidencial, señora. Cumplo con traerlos a casa y advertirles que la próxima vez podrían arriesgar algún tipo de pena.

—Mmm —Cornelia no parecía muy conforme con las palabras del joven militar.

—Buenas tardes, señora —se despidió.

Recién en ese momento, Estela se percató de que eran pasadas las tres.

—Perdóname, abuela, queríamos llegar a tiempo para el almuerzo, pero subimos el cerro y al bajar nos retuvieron...

—Tu madre no podrá venir hoy —contestó ella—. Uff, como si no se diera cuenta.

—¿Darse cuenta de qué? —preguntó Estela, pero su abuela parecía ensimismada.

—Así es que hasta mañana se me quedan aquí y no salen de la casa, ¿me oyeron?

—Pero, abuela...

62 —No te lo estoy pidiendo como un favor, mijita, es una orden —dijo la anciana e hizo un gesto de desprecio, como si no quisiera ver más allá, como si el asunto, cualquiera que fuera, la tuviera harta.

Sin proponérselo, Estela y Javier fijaron la vista hacia la viña, hacia ese cerro por el que habían caminado a oscuras. En ese instante, la todoterreno militar arrancó y dio vuelta para volver a la base, y el joven los saludó con un gesto de mano, sonriendo, justo en el momento en que un zorzal se le atravesó por el parabrisas.

—¡Cuidado! —le gritó Javier y el joven tuvo que hacer una rápida maniobra de manubrio para no incrustarse contra el jacarandá al que fue a posarse el pájaro.

—¡Maldito animal! —gritó el soldado al ver el auto a centímetros del tronco.

Estela, en cambio, casi pierde el equilibrio al descubrir al ave. Sí, era un zorzal común y silvestre, es

decir, nada lo separaba de sus iguales, excepto porque en sus pequeños ojos saltones brillaba un destello rojo. Rojo como la sangre.

Está en el aire

64 Cornelia estaba descompuesta. El hecho de que su hija no tomara el peso a la gravedad del asunto y hubiese dejado a Estela un día más, la tenía mal. Tampoco se atrevía a mandarla sola de vuelta. Sabía por experiencia que con el diablo no se juega, que entre sus múltiples formas de engañar estaban las transformaciones, disfrazarse para pasar por otro. ¡Vaya que si lo recordaba! En su caso, primero fue un gato y después esa adorable mujer, tan elegante y tan gentil, pero peligrosa como una navaja de afeitar.

Era peligroso... Pero ¿qué hacer? Tampoco se animaba a dejar la casa sola. Corría el riesgo de que le ocurriese lo de Château Moureau, cuando se encontró con el maligno. Ella no olvidaba la amenaza: «Te acordarás de mí, Cornelia Alcázar. El día menos pensado te esperaré en la tranquilidad de tu salita».

No, definitivamente no era buena opción dejar su casa.

La pobre mujer daba vueltas de la cocina a la sala y de la sala a la pieza, sin saber dónde esconder a Estela y cómo hacer para alejar ese sentimiento que le apretaba el alma desde el momento en que supo que el cobarde de Rodríguez había muerto. Lo único que faltaba.

—Enterrado en gloria y majestad, ¡ja! —exclamó, sin percatarse de la presencia de Javier.

—¿Decía, señora? —preguntó el chico.

—Ah... tú —respondió Cornelia con las mejillas coloradas.

—¿Usted cree que ese hombre no se lo merecía? —preguntó el chico con timidez.

—La gente puede decir lo que quiera, ya ves que todos los muertos son santos, pero lo que es a mí no me engañó... Al menos podrían haber hecho un sahumerio.

—¿Era peligroso? —volvió a preguntar con la vergüenza de saber que la abuela de Estela no estaba contenta con su presencia y que quizás era una impertinencia preguntar tanto.

Efectivamente, Cornelia no se sentía a gusto con él, pero entonces miró al chico y sonrió. Javier era alto, aparentaba más que sus 13 años y no era nada de flacucho. Podría imponerse, pensó Cornelia. Al

menos serviría para darle tiempo a Estela en caso de surgir problemas...

En cambio, dijo:

66 —El diablo es peligroso siempre, Javier, no hay excepciones —y se acercó al joven—. Aunque él tratará de demostrar lo contrario y hablará y hablará. Si hay algo que sabe hacer muy bien es seducir por la palabra, tiene el don de lenguas, de la oratoria, y ¡vaya cómo argumenta! Aunque, claro, está obligado por su oficio, necesita convencerte de que es tu amigo, de que te ayudará, de que es la persona indicada para estar contigo... aunque lo único que le importa es robarte el alma. Para cuando comienza con sus negociaciones, ya estás frito; y peor si no te defiendes, si no simulas seguir hablándole cortésmente, igual como lo hace él. Eso sí lo desarma. De otro modo, terminas como Rodríguez: aceptando un trato.

—¿¡Rodríguez aceptó!? —dijo Javier asombrado.

—¡Ja!

—¿Y cómo lo sabe?

—Los años no pasan en vano, Javier.

El chico se la quedó mirando. La abuela de Estela era una mujer hermosa, no cabía dudas, pero había cierta reserva en sus palabras que le daba desconfianza.

Por su parte, Estela había despertado lentamente. Sentía que el cuerpo le pesaba demasiado cuando bajó de la cama. Eso era lo molesto de crecer, pensó, vérselas todos los días con formas distintas, como si su cuerpo se hubiese transformado en una onda musical, elevándose en algunas partes, hundiéndose en otras, dibujando el vaivén de una montaña rusa.

67 Tenía la costumbre de mirarse al espejo largo rato cada mañana, siempre comenzando por los pies. No sabía por qué sentía que esas pequeñas extremidades era lo único que le pertenecía. Podía reconocerse en ellos, eran suyos, los de siempre.

Estaba en eso cuando Javier tocó a la puerta.

—¿Qué quieres? —preguntó del otro lado.

—¿Vamos a tomar desayuno? —le escuchó decir.

—Anda tú, nos encontramos en la cocina —le gritó y supo que mentía, que tardaría un rato en ocultar sus nuevas formas, pero entonces se percató de un pequeño papel que había en su velador:

«Recuerda que hoy te quedarás en casa a la espera de que llegue tu mamá. Por favor, no me hagas repetírtelo».

Tu abuela Cornelia.

¿Qué le habría pasado a su abuela? Solía ser una mujer llena de vida, alegre y sobre todo intrépida. Recordaba con orgullo la vez que se subió a la roca y se tiró un piquero en el estanque, a vista y paciencia de sus amigas y muchos otros que, incrédulos, veían cómo a sus 60 años se zambullía de cabeza al agua. O cuando sin titubear se subió a la moto que trajo uno de sus primos. Sus papás y tíos rieron, como si estuviesen acostumbrados a estas salidas de libreto, y ella dio una vuelta y salió por el portón hacia la calle. Estela recordaba la impresión de sus primos. También las apuestas que hicieron, seguros de que llegaría con la moto hecha trizas y negra de mugre por algún porrazo.

Se equivocaron. Regresó tan pulcra como había partido y, antes de bajarse, la hizo rugir. Todos la aplaudieron.

Ahora, en cambio, apenas la reconocía. ¿Qué la tendría en ese estado? Además, le seguía los pasos como si fuera una niña. Tampoco se explicaba qué le pasaba con Javier, a quien, a pesar de ser su mejor amigo, trababa con la punta del zapato... como si le hubiese hecho algo malo. Y Javier —Estela lo sabía mejor que nadie— era el chico más bueno de su clase.

Por eso, poco a poco, quedarse en el Valle del Vino ya no le parecía tan divertido y sentía ver-

güenza de haberlo invitado con la promesa de hacer excursiones al cerro, nadar en el río y organizar alguna cabalgata. Ahora resultaba que tendrían que volver a Santiago, a encerrarse en un departamento.

Se vistió de shorts y blusa, tomó un libro y fue a sentarse a la reposera del jardín. Había sol y estuvo leyendo bajo la sombra del naranjo un buen rato, pero fuera por la resolana que caía sobre su cara, o por el sol que le calentaba los pies o, quizás, por ese extraño encuentro en el túnel que la llenó de miedo y cansancio, se quedó dormida.

Despertó con frío, tiritando de la cabeza a los pies, y una neblina espesa cubría el jardín. Seguía sentada en la tumbona, pero las plantas y sus maceteros, junto con la mesita que tenía a un costado, parecían flotar alrededor suyo. Miró hacia la casa, apenas dibujada detrás de la bruma y levemente en movimiento, como si las paredes quisieran desprenderse del techo. «Qué extraño», pensó e intentó levantarse, pero su cuerpo pesaba mucho más que en la mañana y no pudo ponerse de pie. En cambio, frente a ella vio aparecer al hombre de traje y zapatos de charol. Estela ahogó un grito de espanto y, como a un gato, se le erizaron los pelos de la piel.

El hombre caminaba hacia ella con tranquilidad y cierta parsimonia, y Estela recogió su cuerpo en

70 la silla. Por más que trató de cerrar los ojos para no mirar, para no reconocerse perdida, pero sobre todo para no tener que ver esa cara que seguía acercándose y que ya no era la de un hombre joven sino la de un anciano, consumido por las arrugas y una delgadez cadavérica, sus ojos permanecieron porfiadamente abiertos. Intentó pedir ayuda, pero de sus labios solo escapó un sonido que tenía más de exhalación que de grito desesperado. Y el hombre seguía acercándose, el anciano cadáver con sus huesos marcados bajo la ropa y sus manos coronadas por enormes garras amarillas. Como garfios, como cuchillos, eso pensó. Seguía a paso tranquilo con una sonrisa estampada en su mandíbula, una mueca malévola que le provocó asma.

Estela sintió que no respiraba, que el aire no entraba en sus pulmones por más que inflaba la caja torácica. ¿Qué sería de ella? Pensó en Javier y en ese gato estúpido de su pesadilla y creyó ver en el paso de ese viejo cadáver que se acercaba algo felino, algo animal.

—Di que no, Javier... —fue lo que alcanzó a decir antes de desmayarse.

Despertó exaltada y de un salto se levantó de la silla. En un acto reflejo se llevó las manos al pecho, a las piernas, a la cabeza, luego vuelta al pecho, las piernas y la cabeza, y comprobó que respiraba, que ya no se ahogaba y que la casa estaba al frente suyo, cimentada en sus murallas con decisión. Al fin se sintió a salvo... Pero en un minuto, o menos —lo que demoró en recorrer con la mirada el jardín de su abuela—, descubrió que en la copa del jacarandá estaba aquel zorzal con ese brillo rojo en el fondo de sus pupilas.

Sin pensarlo tomó una piedra y se la lanzó con toda su fuerza, pero apenas rozó la rama.

—¡Ándate!

El pájaro sonrió, Estela lo vio clarísimo: en el pequeño pico del animal apareció una sonrisa.

—No puede ser —se agachó para recoger otra piedra y esta vez sí tocó la rama y ligeramente al ave, que lanzó un graznido aterrador.

Estela la vio echarse a volar y poco después pasar una de sus alas a centímetros de ella. De la impresión, la muchacha gritó y cayó sobre la reposera.

—¿¡Qué tienes!?

La voz de Javier le pareció un sueño. Estela se levantó y lo abrazó con fuerza.

—Javier, ¡te quiero...! —le dijo, apretándolo otro poco más.

El chico, algo confundido, rio.

—Yo también te quiero, Estela. Pero ¿qué te pasó?

72 —Ay, Javier, no sabes. El zorzal estaba ahí y ese hombre tenía la cara de un cadáver, Javier, ya no era joven, pero tenía los mismos zapatos, ¿te das cuenta? Era horrible, sabía que estaba perdida, perdida y...

Estela se detuvo.

—Te sentías perdida, ¿y?

—Nada —contestó la chica un poco avergonzada. El día anterior se había burlado del ridículo sueño de Javier y ahora pretendía que su amigo creyera el suyo. Además seguía abrazada a él y eso, no supo por qué, le dio aún más pudor, así es que tomó distancia.

—Perdóname, me quedé dormida y...

—Estela, estás tan extraña, ¿quieres contarme tu sueño?

—No importa, fue solo una pesadilla —dijo levantando los hombros.

Javier la miró. Sus rulos desordenados le caían sobre la cara, y en un impulso del que se arrepintió después se acercó, tomó el mechón y se lo ordenó detrás de la oreja.

—No te preocupes —le dijo al oído y un escalofrío sin nombrar, como todo lo nuevo que nos sucede, recorrió el cuerpo de Estela.

Así los encontró Cornelia: ella parada frente a Javier con sus mejillas muy coloradas y él mirándola fijamente.

—Humm, lo único que faltaba —murmuró, y el chico se volvió para mirarla. Estela, en cambio, corrió hacia la cocina.

73

—¿Vas a tomar desayuno? —alcanzó a decir la abuela, mientras la muchacha pasó por su lado.

—¡¡Sí!! —gritó ella, sin volverse para mirar.

—¿Qué pasó? —le preguntó la mujer a Javier.

El chico se encogió de hombros.

—Ni idea —respondió.

Estela se sentó en la mesa de la cocina. Se sentía afiebrada, le dolía la cabeza y tenía demasiadas emociones juntas. ¿Qué le pasaba a Javier? ¿O era ella? ¿Por qué de repente comenzaba a mirarlo así? Y sin darse cuenta recorrió el camino que hicieran poco antes sus dedos, cuando le llevaron sus rulos detrás de la oreja y se quedó así, recordando con la mano en la mejilla.

—Han pasado cosas anormales, ¿no crees, Estela?
La voz de Javier la sacó de ese espacio de ensueño y apartó la mano de su mejilla como si estuviera infectada.

—Eh, sí, más o menos —contestó.

—¿Te acuerdas del hombre de ayer?

—Sí —dijo con la cabeza hundida.

74 Sentía vergüenza de mirar a su mejor amigo. «Debo estar enferma», pensó.

—Anoche soñé con el gato negro —dijo él con un tono incierto.

—¿Ah sí? —Estela intentaba recuperarse.

—No tenía anteojos de sol y sus ojos eran rojos como la sangre —contó Javier.

Estela se estremeció. Aun así, omitió el brillo colorado que vio en los ojos del zorzal y el miedo que sintió ante la imagen de ese hombre de chaqueta y zapatos de charol caminando hacia ella. Omitió también que comenzaba a entender el mal genio de su abuela. Y sobre todo omitió lo bien que se sintió con ese abrazo. En cambio, se quedaron en silencio, sin atreverse a confesar nada.

—Lo raro es que no me dijo nada. Solo se limitó a sonreír —dijo Javier de pronto.

—Qué susto.

—Era una pesadilla, igual como la tuya. ¿No te parece extraño?

Estela pensó que lo mejor era hacer como si no ocurriese nada. Salir, ir al río, bañarse, pescar. Lo importante era eso: no pensar.

—¿Vamos a bañarnos al río?

Javier sonrió.

—Pensé que me pedirías que fuéramos a la casa de Eustaquio Rodríguez. 75

—¿Qué? ¿Se te olvidó lo que nos pasó ayer?

—¿Y por eso nos vamos a quedar de brazos cruzados? Estela, date cuenta de que ocurren cosas muy fuera de lo común y tu abuela... —bajó la voz y miró hacia todos lados—, ella cree que Rodríguez hizo un trato con el diablo, que estaba muerto mucho antes de que lo enterraran.

—¿Eso te dijo?

—No, pero me lo dio a entender.

—Humm, pero si ella se entera de que fuimos a la viña... quedará la grande.

—Estela, ¡te desconozco!

No faltaba más, su mejor amigo tampoco la reconocía, pensó la chica.

—No podemos hacer como si no ocurriera nada —continuó Javier y ella pensó que tenía toda la razón, las cosas estaban cambiando. Ella no era la

misma y de pronto su amigo también le parecía diferente.

—Bueno Estela, si quieres podemos ir al río —a Javier le brillaban los ojos de entusiasmo.

—Pero igual nos estaríamos engañando. Lo que yo quiero es olvidarlo todo, hacer como si en el valle no estuviese ocurriendo nada.

76 Javier rio con ganas.

—Pero eso es imposible —le dijo y le tiró una miga de pan que encontró sobre la mesa. Ella también sonrió y se la tiró de vuelta.

—Vamos al río, di que sí.

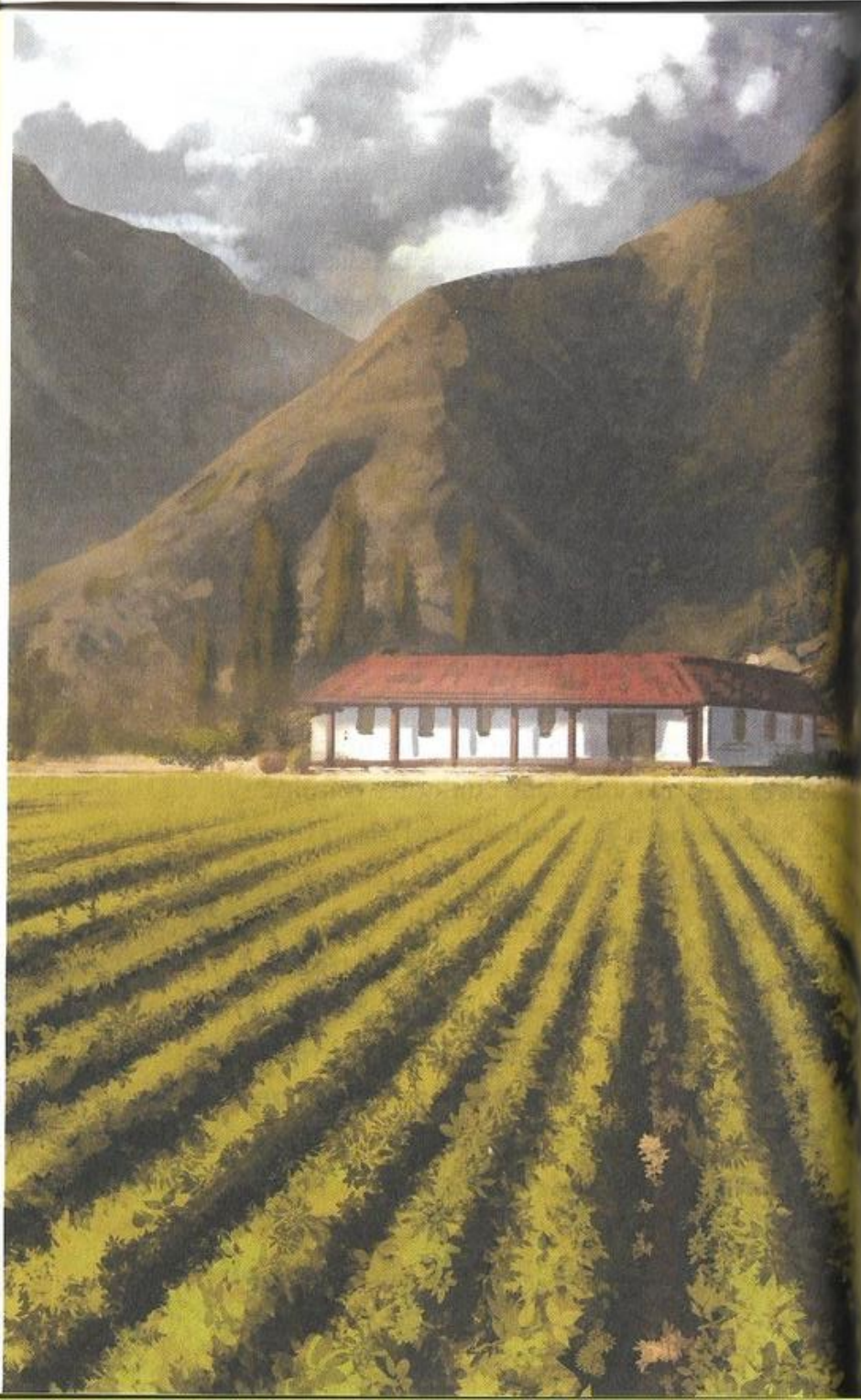
—Está bien, pero tú me vas a tener que acompañar a lo de Rodríguez.

Ensayo de alegato

Javier estaba de acuerdo con la abuela de Estela: en Château Moureau se escondían las respuestas a los extraños sucesos que ocurrían en el valle. Estela, en cambio, estaba harta. Aunque, la verdad sea dicha, a su malestar se sumaba el miedo. Una sensación que la dominaba a ratos y la hacía caminar escuchando ruidos, imaginando que vería al hombre de zapatos de charol a la vuelta de cualquier esquina.

77

Llegaron a la casa señorial al atardecer. Se fueron por el mismo camino que habían tomado el día anterior y luego, rodeando el cerco militar que impedía la entrada a la viña, se colaron por un hueco en la reja y entraron a la bodega. Hacía poco que los trabajadores habían abandonado sus faenas en la viña —por el feriado de dos días que se les dio por el funeral de Rodríguez— y todavía quedaban restos pisoteados de uva en el suelo. El olor, mezcla de fruta y vapores etílicos, era intenso. Estela recordó la única vez que la visitó —con su padre, hacía



muchísimos años— a pesar de la insistencia de su abuela para que no fueran:

—Para qué conocer Château Moureau si en el valle existen otras tantas viñas muchísimo más interesantes que esa.

—Pero Châteaux Moureau produce los mejores vinos —alegó su padre.

—¿Mejores según quién? —preguntó su abuela y continuó con la defensa de las viñas más pequeñas.

Pero su padre había hecho oídos sordos y la llevó. La abuela estuvo de malhumor todo ese día. Como si su padre hubiera cometido una afrenta personal hacia ella. Como si Château Moureau fuera su peor enemigo.

Estela la recordaba gigante, con oscuros e interminables pasillos repletos de cubas de madera. Ahora, en cambio, mientras la recorría le parecía vieja y pequeña, aunque igualmente oscura. Fue entonces que, como venido de la nada, revivió lo que su papá le había dicho:

—Pensar que todo esto podría haber sido tuyo.

—¿Mío? —le había preguntado ella.

—¿La abuela no te ha contado que Rodríguez la pretendió durante años? Quería casarse con ella, pero tu abuela se negó rotundamente —le había contado su padre.

Así es que, después de todo, concluyó, la abuela nunca quiso a Eustaquio Rodríguez. Y se habría quedado sumergida en sus memorias, de no haber sido por Javier, que estaba excitadísimo por llegar a la casona.

80 Corría una brisa cálida cuando se acercaron a la casa que dibujaba una U, en medio de un parque de abedules, cipreses y liquidámbaros que se sacudían como gigantes con muchos brazos. Rodearon el caserón buscando algún lugar por donde entrar, mientras, poco a poco, la tarde fue cediendo al ocaso y Estela reconoció que había algo siniestro ahí, quizás debido a la inmensidad de sus corredores, de las piezas que se imaginaban detrás de esas cortinas de terciopelo cayendo hasta el suelo y los muebles tapizados en colores oscuros y solemnes.

Se asomaron a la ventana del comedor, en cuya mesa —por lo que pudo calcular— cabrían cómodamente sentadas a lo menos unas treinta personas. Sin embargo, una película de polvo la cubría de principio a fin e intuyó que hacía muchísimo que en Châteaux Moureau no se recibía a nadie en el comedor, que la época de glorias y banquetes que alguna vez le escuchó narrar a su padre, era parte de un pasado remoto. La luz hacía un juego extraño en su interior, proyectando largas sombras en las paredes.

No era un buen sitio para vivir, pensó Estela.

En una de las tantas ventanas por las que se asomaron descubrieron a un hombre echado sobre un sofá. Su semblante se veía recortado por la luz de las tranquilas llamas del fuego de la chimenea y sus brazos caían con desgano por los costados del sillón. Había algo extremadamente inerte en su figura.

—Está muerto —le dijo a Javier.

—No, solo está dormido —murmuró.

Seguían agachados, asomados por la ventana, cuando lo vieron levantarse. Lo hizo parsimoniosamente, como si supiera que lo estaban espiando, recogió un vaso que había en una mesita cerca del sillón y salió por la puerta que se veía al fondo. Se dejaron caer sentados en el suelo para impedir que los viera.

—¿Nos habrá visto? —preguntó Estela.

—Espero que no. ¿Quién será?

—No tengo idea... yo pensé que la casa estaba abandonada.

—Tal vez sea algún pariente de Rodríguez, dicen que todavía no se lee el testamento.

—Ah, verdad, la herencia...

—Imagínate cómo se estarán afilando los colmillos.

Estela sonrió, y luego propuso:

—Quizás sería mejor tocar a la puerta.

—¿Y crees que nos dejarían pasar así porque sí? ¿Qué diríamos? «Buenas tardes, venimos porque pensamos que en esta casa habita el diablo»... no suena bien.

—Mmm, tienes razón. De todas maneras, me parece mejor así que entrar sin permiso.

82 —¡Pero si vinimos sin permiso, Estela! Esa es la idea: espiar y alertar a tu abuela si es que encontramos algo sospechoso.

—¿Más sospechoso que un intruso viviendo en una casa que se supone está abandonada? Mmm, no me gusta nada —el miedo iba permeando sus ganas.

Permanecieron otro rato sentados bajo el alféizar de la ventana. Estela intentó calmarse, pensando que se sugestionaba. Si los pillaban podrían decir que habían ido a mirar, ¿qué tan malo podría ser? Después de todo, ¿no dicen por ahí que en mirar no hay engaño?

El plan de Javier era entrar a la casa y Estela temía decepcionarlo; sin embargo, estaba su abuela y estaba ese calambre que le apretaba el estómago y que, a ratos, no la dejaba respirar.

—No podemos tardarnos para la comida. Mi abuela nos matará.

—Ya, ya, deja de preocuparte tanto —dijo Javier, y en un movimiento inesperado la tomó de la

mano. Javier tenía los dedos largos, pensó Estela. Unos dedos muy bonitos, su amigo.

Siguieron dando la vuelta a la U por fuera. En la siguiente ventana encontraron una sala de juegos con una mesa de pool en el centro; en la que seguía se adivinaba un baño por los vidrios pavonados, y en la siguiente una pieza con una cama enorme que tenía un respaldo de madera con el escudo de la familia Moureau. Así, de una en otra, llegaron hasta el final de la U. La casa terminaba en una puerta de madera que probablemente comunicaba al patio interior, pero no se abría por fuera. Tendrían que saltar si es que querían entrar a la casona.

Con rapidez, Javier encontró una enorme piedra que colocó pegada a la muralla para escalarla.

—¿Estás seguro? —le preguntó Estela, sin convencerse aún de lo que estaban haciendo.

—Nunca he estado más seguro —dijo encarándose sobre la piedra y con agilidad dio un salto que lo dejó sentado sobre el muro.

—¡Ya! —dijo estirándole el brazo—, yo te ayudo.

Pero Estela no alcanzó a ofrecerle su mano, porque alguien —algo— lo arrastró hacia adentro. Javier ni siquiera gritó. No dijo nada. Simplemente desapareció.

Estela se quedó esperando escucharlo, esperan-

do en realidad que una mano negra la tomara a ella también. Pero no pasó nada.

—¿Javier...? —llamó bajito, pensando que quizás se había confundido y no era un par de brazos los que lo arrastraron por la cintura, sino que simplemente se había caído.

Nadie contestó.

84 —Javier —volvió a repetir, un poco más fuerte esta vez.

Nada. Pasó un rato e, incapaz de decidir qué hacer, se acurrucó junto a la puerta.

Esperó y siguió esperando. Pensó que si no tenía noticias sobre Javier en las próximas horas, tendría que alertar a la policía. El tiempo, que a veces sentía que se le escapaba de las manos (pronto y sin darse cuenta, ya terminaban las vacaciones que a principios de diciembre le parecieron eternas), durante esa hora en la que estuvo con la espalda apoyada a la madera de la puerta, se le hizo eterno. Quizás haya sido la hora más larga que le había tocado vivir. Y no había una sola señal de Javier.

La oscuridad se apoderó del jardín y de la inmensidad de sus árboles. No corría brisa; todo lo contrario, un calor infernal la rodeaba mientras se culpaba por haber caído en una expedición tan estúpida como espiar una casa ajena. Maldijo el momento

en que se dejó llevar por sus pesadillas, criticó esa aura de misterio con que su abuela solía hablarle de Château Moureau y pensó que nunca más volvería al Valle del Vino. Que apenas rescatara a Javier irían a la estación de trenes y se marcharían. La imagen de su amigo, su pelo castaño siempre desordenado, sus brazos que caían por los costados con una mueca cansada y que —ella no sabía por qué— le gustaba tanto.

Lo imaginó amordazado en un sótano, interrogado por ese pariente avaro de Rodríguez que merodeaba la casa, quizás, en busca de la riqueza que decían se guardaba ahí. Las herencias producían celos, peleas... Fue entonces que súbitamente pensó en que aquel hombre echado sobre el sofá tenía algo similar, un no sé qué, con el de los zapatos de charol. Casi pudo escucharlo decir: «Te acordarás de mí, Estela».

Se puso de pie de un salto. Javier tenía razón: Château Moureau escondía un secreto: quizás, el de la muerte repentina de Rodríguez; quizás, el de la aparición de ese hombre bien vestido y siniestro; o quizás, el del malestar de su abuela. Así es que caminó decidida hasta la puerta principal y golpeó con ganas... Pero nadie le abrió. Estela volvió a golpear, esta vez más fuerte aún. Y nuevamente nada.

Gritó a todo pulmón:

—¡Abran la puerta o llamaré a la policía! —y siguió golpeando con impertinencia.

Entonces sintió unas pisadas. Por un minuto imaginó que le abriría el mismo hombre de zapatos de charol y tendría que vérselas con su cadavérica figura. Echó los hombros hacia atrás, tal como le enseñara su mamá —«Estela, enderézate»—, pues quería verse más alta, más segura, a pesar de que sus piernas se movían como un par de castañuelas.

Sin embargo, fue un hombrecito canoso, encogido por los años y perfectamente vestido de frac, quien le abrió e, inclinando levemente su cabeza, la hizo pasar.

Estela entró a la casa, casi tan oscura como el jardín, algo inhibida. Apenas pudo controlar la voz cuando reclamó:

—Mi amigo Javier se cayó del muro en el patio de atrás —dijo, como si fuera algo usual.

—¿Perdone? —preguntó el hombrecito, quien al parecer era sordo, pues acercó su oreja derecha.

—Le dije que mi amigo Javier se cayó por el muro, atrás —e indicó con el brazo.

—Ah, excuse, le pediré a Su Excelencia que la atienda.

¿Su Excelencia? ¿A dónde había ido a parar?, quiso preguntar, pero el hombrecito no le dio tiempo,

se había puesto en marcha con su paso discreto, meciendo los pies uno al lado del otro, como caminaría un chino arriba de unos zuecos. Se detuvo ante una puerta, la abrió con parsimonia y con un ademán le indicó que pasara a la sala. El cuarto estaba completamente a oscuras.

—Prefiero esperar aquí —dijo Estela con desconfianza.

—Me hace el favor —dijo el hombrecito, desoyendo la petición de la joven y, con el mismo paso de chino, se acercó a una mesa y encendió una lámpara a gas. La llama era tan pequeña que no alcanzó a iluminar el cuarto, más bien lo dejó en penumbras.

—Espere, por favor —le indicó y salió.

Las verdades duelen

88 Estela miró el lugar y, para su sorpresa, descubrió que se encontraba en una biblioteca. Enormes anaqueles de madera llenos de libros empastados en cuero verde botella cubrían las paredes y en la portada de cada uno de ellos aparecía el escudo de la familia con una leyenda en francés que decía: «*Pas loin de la vérité*»³.

Tímidamente, Estela se acercó a una de las estanterías; estaban llenas de recuerdos, figuritas de porcelana, medallas recibidas por los vinos y muchas fotografías. Se veía a la que, Estela supuso, era la señora Moureau con un niño en brazos, seguramente Rodríguez Moureau. En otras aparecía el mismo niño a caballo. También, en un rincón entre dos libros, vio un pequeño retrato de la señora Moureau vestida elegantemente y con sus hombros descubiertos. «Una mujer excepcional», según lo que le contó su papá esa única vez que visitaron la

3. No muy lejos de la verdad.

viña. Louise-Claire, le había dicho, había sido una de las mejores enólogas que tuvo el valle, además de ser una mujer de belleza extraordinaria.

Estaba en eso cuando escuchó la voz del hombrecito. Sin pensarlo siquiera, tomó el retrato y lo escondió en el bolsillo de su chaqueta.

—Señorita, Su Excelencia la recibirá en un momento —y desapareció.

No se hizo esperar. De inmediato apareció un hombre casi tan alto como la puerta, vestido impecablemente. ¿Era el mismo que habían visto con Javier tendido sobre el sofá? Imposible saberlo.

—Buenas noches, señorita. Ernesto me ha dicho que usted tiene un asunto urgente que tratar conmigo —dijo educadamente y la invitó a tomar asiento.

Estela se sintió cohibida y no atinó a nada.

—Pero siéntese, por favor, estoy ansioso por escuchar lo que vino a decirme.

El retrato de la señora Moureau se le incrustó en la axila cuando se sentó. De todos modos tuvo la tranquilidad para decir:

—Hace pocos minutos, mi amigo Javier se cayó del muro trasero de su casa —y escuchó cómo le temblaba la voz al hablar.

El hombre se había sentado frente a ella, cruzando una pierna sobre otra, en un gesto delicado y elegante.

—¿Le importa? —y dio suaves golpecitos a un cigarro en la mesa que tenía a un costado.

—Eh, no —contestó Estela y lo vio encender el cigarrillo.

—¿Su amigo Javier, dijo? —preguntó y su cara expresaba curiosidad.

90 —Sí, estábamos jugando a los espías... —no encontró mejor manera de definir lo que estaban haciendo, aunque estaba claro que ya no estaban en edad para esos «juegos»— y él subió al muro y se cayó —cómo mentía Estela.

—Perdóneme, pero hay algo que no comprendo. Dice usted que estaban jugando en el jardín de mi casa, pero ¿cómo lograron entrar?

Estela se sonrojó.

—Sé que no está bien —comenzó por excusarse—, pero mi amigo Javier quería conocer la viña...

—Ah, entonces usted ya la conocía —afirmó el hombre, echando unas enormes volutas al aire.

—Vine una vez, sí, con mi papá. Pero fue hace muchos años —contestó Estela—. Ahora es distinto, necesito encontrar a Javier.

—¿No considera usted que ha cambiado muchísimo? Precisamente esta tarde le estaba comentando a Ernesto cuánto ha perdido el parque desde la última vez que estuvimos aquí; sin ir más lejos, el

rosal que plantó mi madre está apestadísimo. Qué desastre, creo que moriría de pena si lo viera en ese estado. Figúrese, la acompañé a plantarlo hace varios años, y ya ve usted. Pocas cosas son como antes. Usted me perdonará, pero soy un nostálgico del pasado... Tendré que hacer algunos cambios —dijo y volvió a exhalar una argolla de humo.

—La verdad es que no he tenido tiempo de verlo —atinó a contestar Estela, mientras se preguntaba con quién estaría hablando que decía «su casa», «su madre», si Eustaquio Rodríguez estaba muerto y el testamento no había sido leído aún. ¿Algún heredero desconocido? 91

La curiosidad le nublabla el pensamiento, lo cual explicaba la voz entrecortada con la que dijo:

—Sé que mi amigo entró a su casa, señor.

—Ah, verdad, su amigo... usted está aquí en mi casa porque su amigo cayó del muro. Y cuénteme, ese juego ¿qué propósito tiene? Digamos, ¿lo juegan también en otras casas de la vecindad? —parecía interesado.

—No, la verdad es la primera vez.

—Como el primer amor, dice usted.

Estela recordó el abrazo que le había dado a Javier en la mañana.

—No, señor, no es lo mismo. Este era un tonto

juego de espías... —quiso salir del paso—. Perdone mi impertinencia, pero ¿usted es...? —y dejó sin decir lo que quería preguntar.

—Eustaquio Rodríguez Moureau —dijo él.

Estela abrió la boca de impresión, como queriendo contradecirlo, exclamar, pedirle explicaciones, pero se quedó así, muda.

92 —¿Le ocurre algo, señorita? —preguntó.

—Usted... no es posible, yo... yo... yo vi la carroza... el otro día en el cementerio, usted estaba... —no terminó de decir la chica.

—Jajajaja —soltó una carcajada, y cuando logró controlarse preguntó—: ¿Muerto? Por supuesto, ¿acaso no fue a mi funeral?

—Sí, pero usted... ahora...

—Ya lo sé, estoy aquí con usted, que me mira como si estuviese viendo a un fantasma, jajajaja —y volvió a retumbar su carcajada—. Es algo largo y aburrido de explicar y tenemos cosas más interesantes que conversar nosotros dos, ¿no le parece? —y le guiñó un ojo—. Por ahora baste decir que las personas como yo, digo, de mi condición y fortuna, tenemos que cuidarnos muchísimo, incluso de nuestra propia muerte.

Había algo teatral en la forma de expresarse. Algo caricaturesco e irreal, pensó Estela. De pronto

se sintió mareada, ¿qué tal si Javier, al caer al otro lado de la muralla, se había golpeado en la cabeza y yacía tirado en el patio?

—El caso es que usted está aquí por su amigo —dijo el hombre y acercó su cara para mirarla de frente—; o quizás ¿desea algo más? ¿Qué es lo que quiere realmente?

Un escalofrío subió por su espalda hasta la nuca, esa pregunta le resultaba espeluznantemente conocida. Se levantó como proyectada del sofá, tanto que casi se le cae el retrato que tenía en el bolsillo. Metió una mano y lo acomodó.

—Señor Rodríguez, si me permite ¿podría revisar el patio?

El hombre pareció descolocarse. Se echó para atrás y resopló. Con lentitud impostada apagó el cigarrillo y se puso de pie.

—Si le estoy entendiendo, su amigo, al igual que usted, entró a mi propiedad sin ser invitado; luego, no sabemos cómo, se perdió en mi jardín, y ahora resulta que usted tiene la urgencia de encontrarlo y me niega un minuto de amena charla —dijo sin esperar respuesta—. Sepa usted, querida, que no está siendo muy educada. ¿No le parece, señorita...?

—Estela.

—Señorita Estela, ¿qué tal si su amigo le hizo una broma y está escondido?

Nuevamente no esperó a que contestara. Chasqueó los dedos y el hombrecito de paso chino apareció.

—Su Excelencia...

94 —Ernesto, ¿sería tan amable de acompañarnos al patio? —dijo sin disimular la risa.

—Para usted será risible... —contestó Estela, que había comenzado a tiritar sin poder frenar.

Él hizo como que no escuchó. Al igual que cuando la recibió, Ernesto inclinó su cabeza en señal de respeto.

—Si me permite, señorita, es por aquí —e indicó el corredor que se extendía a su izquierda.

Caminaron en silencio por el largo pasillo interior que daba vueltas siguiendo la U de la casa. Ernesto iba delante moviendo sus dos pies, pasito a pasito, solo que esta vez, pensó Estela, parecía un gato. Un gato vestido de frac.

La casa permanecía a oscuras, a excepción de la luz mortecina de la lámpara que Ernesto había tomado de la sala y llevaba con dificultad. Estela le hubiese ofrecido ayuda de no ser por el retrato que tenía escondido en su chaqueta y que la obligaba a andar con las manos en los bolsillos. Notó que Er-

nesto tenía unos bigotes que sobresalían del conjunto de su cara.

El corredor terminaba en una puerta vidriada que el hombre, adelantándose a Ernesto, abrió de par en par. Nuevamente, de manera teatral, se asomó para mirar.

—Oh, oh, oh —dijo con voz impostada—, veamos qué tenemos por aquí... —y alargó el cuello—. 95 Bah, no veo nada, ¿y tú, Ernesto?

El hombrecito pasó por el lado de Estela tambaleando la lámpara a gas y estiró el brazo, como queriendo iluminar con esa llama insignificante la inmensidad del jardín.

—Efectivamente, Su Excelencia está en lo correcto. No se ve nada allá afuera.

—Pero es que con esa luz ¡es imposible ver algo! —alegó Estela.

—Usted y sus modales. Le advierto, señorita, que he sido muy paciente con su impertinencia, pero me aburren los malos modos —dijo el que se decía llamar Rodríguez y, empujando a Estela sin una pizca de delicadeza, le mostró el jardín iluminado por la lamparita.

Cosa inverosímil: bajo una luz azul se veía con detalle cada rincón y, efectivamente, en ese jardín no había rastros de Javier.

—¿Está contenta ahora, señorita? —preguntó serio, y Estela vio que su sombra se proyectaba hasta el techo, larga y abultada.

—Sí —dijo con un hilo de voz.

El miedo comenzaba a invadirla nuevamente.

—¿Sería tan amable, entonces, de devolverme el retrato de mi madre? —preguntó estirando una larga y huesuda mano.

96 —Es que yo... usted... no piense que... —no logró ordenar una disculpa.

Lentamente, y con las mejillas coloradas como un par de tomates, sacó el retrato de su chaqueta y se lo pasó.

El hombre lo acarició con sus manos.

—Verá usted, esta es una pequeña reliquia familiar. No es que quiera alardear, pero fue pintada por Álvarez de Sotomayor y, ya verá, no quisiéramos que la parentela que vendrá a repartirse el botín lo eche de menos. ¿Qué diría Cornelia si luego lo encontraran en su casa?

¿Cornelia? ¿Acaso conocía a su abuela? No preguntó, en cambio dijo:

—Perdóneme, yo no quería... usted apareció de repente y yo...

—Ya, ya, déjese de excusas. Tengo el retrato y usted, lamentablemente, no tiene a su amigo —y rio

codeándose con Ernesto, como si hubiese metido un gol —. Así es que, en palabras simples, podríamos decir que estamos a mano.

Sin aguantarse, Estela preguntó:

—¿Cómo la conoció?

—¿A quién? —contestó el hombre.

—A mi abuela Cornelia.

—¡Ja! —la risa se apagó en el pasillo—. A esa...

—Jjjjjj —Ernesto emitió un sonido lo más parecido a un gato engrifado.

—¿Esa? —se sorprendió Estela—. Para alguien que alardea tener buenos modales, no es forma de tratar a una anciana.

—Usted la verá como una tierna ancianita, pero escúcheme, a ella la conozco desde que era una niña más pequeña que usted, así es que me gané el derecho a nombrarla como se me dé la gana.

—Pero eso es imposible —dijo Estela

El hombre no contestó. Miraba el retrato.

—Recuerdo cuando pintaron este cuadro, ¡qué maravilla! Esa habilidad para manejar el pincel, esa calidez para reproducir detalles... —comentó ensañador.

—¿Sabe? Mi padre conoció a su madre, Louise-Claire. Dice que fue una mujer excepcional —recordó Estela.

Un hueco entre dos mundos

Una vez fuera, su primer impulso fue correr como si el mismo diablo la persiguiera. Arrancó por el mismo parque de árboles monstruosos, con sus ramas pellizcándole la cabeza y los brazos, con las piernas y manos temblándole por el miedo. Uno desconocido y feroz. El miedo al vacío, a lo innombrado. A terminar convertida en nada. Y corrió con las lágrimas cayéndole por los ojos y nublándole la vista, pues no solo estaba perdida, sino que había traicionado a su mejor amigo. ¡Javier! ¿Dónde lo tendría escondido ese hombre?

La neblina envolvía las parras en el momento en que Estela entró en la viña, corriendo a todo lo que podía por entre las hileras para evitar que los militares la descubrieran. Pero a esa hora, a diferencia de los días anteriores, no se escuchaban ruidos de motores ni helicópteros, tampoco había rastros de patrullas, solo un susurro siniestro, parecido al del viento cuando corre con decisión a través de los árboles.

—Ejem —carraspeó el hombre para decir—: Su padre no se equivoca. Me hubiese gustado tenerla a mi lado para siempre. Y vaya que lo intenté, ¿no es cierto, Ernesto?

El hombrecito asintió. Habían llegado a la puerta de entrada; Ernesto se adelantó y descorrió el cerrojo.

98 —Hasta luego, señorita —dijo inclinándose—. Quizás, algún día recordará esta charla —dijo, y un brillo rojo asomó en sus pupilas...

Los momentos de iluminación, contrario a lo que se cree, contadas veces se sienten gloriosos. En la mayoría de las oportunidades, las verdades llegan con dolor. Uno puede engañarse, sí, pero nunca eternamente, y entenderlo, al parecer, duele. En ese momento, Estela entendió todo y pensó que se desmayaría, porque el pecho se le cerró y el aire se le agolpó en la garganta en cuanto descurbió con quién hablaba.

Sentía que la seguían, por eso, cada tanto, miraba hacia atrás, y fue de esta manera que tropezó con Cornelia.

—¡Abuela! —dijo casi gritando—. ¡Javier no está, lo tienen, sé que lo tienen!

—Cálmate, Estela, cálmate —intentó tranquilizarla la abuela mientras le limpiaba las lágrimas—.

100 Dime, ¿quién estaba en la casa de Rodríguez?

—¡Es imposible... el hombre dijo... dijo... que no... que todo era una farsa!

Estela vio como su abuela palidecía. La tomó de la mano.

—Ahora vendrás conmigo —ordenó secamente.

Su abuela se veía más grande, literalmente un par de centímetros más alta que en la mañana, pensó la chica y, en un movimiento inesperado para ella, dio vuelta hacia Château Moureau.

—¡Abuela, no podemos regresar! No sabes, esa casa... no, no, por favor, no podemos volver.

—Tenemos que recuperar a Javier, antes de que sea tarde.

—¿Tarde? ¿Qué quieres decir con eso?

—Estela, despierta de una vez, ¿jano te das cuenta!? —hizo una pausa y Estela asintió—. No puedes ignorarlo eternamente, el diablo no tiene paciencia infinita —fue todo lo que dijo su abuela y la llevó

caminando a una velocidad que le costaba esfuerzo mantener.

Pero en vez de enfilarse hacia la casa, como pensó ella, cruzó el jardín y se dirigió a una pequeña casucha que estaba a un costado de la casona. Parecía una bodega abandonada. Su abuela se detuvo ante la puerta y, con voz tremebunda, pronunció:

—*Acta naram dembr sis terum, pranrim dembr triocruxis.* 101

La puerta, para impresión de Estela, se abrió desde el centro hacia los costados, como si se desvaneciera por efecto de algún hechizo. Hizo amago de preguntar, decir algo, pero su abuela la detuvo con una mueca y la empujó dentro.

Olía a humedad, a años de encierro y, sin embargo, Estela comprobó que ya no tenía miedo, aunque su abuela actuara como una lunática y hablara en lenguas.

—*Actar nombrinre sis terum, panrim dembr trufrocroxis* —volvió la abuela con su voz tremebunda y la puerta se cerró desde los costados hacia adentro.

La casa era pequeña y no tenía nada, excepto una escalera hacia abajo que se perdía en la oscuridad.

—Ahora ponme atención, Estela, quiero que vayas a mi lado y nunca, entiéndeme, nunca te separes de mí.

Estela volvió a asentir. Ver a su abuela actuar de esa manera, pensó, era tan dramático como su encuentro con el hombre siniestro que había secuestrado el recuerdo de Rodríguez. Preguntó:

—¿Quién es él?

—El mismo de siempre...

—Pero ¿qué pasó con Rodríguez? ¿Él lo mató?

102 —Sí, Estela, pero lo mató muchísimo antes de que muriera realmente. Rodríguez firmó su sentencia cuando aceptó hacer un trato con él. Fue el año del temporal. Estaba desesperado, iba a perder todo lo que su madre le había heredado, y de paso desprestigiar el nombre de su familia. Así lo sentía. Yo era muy cercana a él... incluso tuvimos un cierto coqueteo. Me gustaba.

—Mi padre me contó algo así...

—Fue entonces que un día apareció con aires de grandeza, diciendo que de ahora en adelante sería invencible, que el nombre de Château Moureau se escucharía en todo el mundo. Y así fue. Pero pagó con su alma.

—¿Y cómo te diste cuenta del trato abuela?

—Fue fácil darse cuenta. La viña súbitamente surgió. Rodríguez venía a verme, pero ya no era el de antes, había perdido todo lo que más me gustaba de él: su calidez, su ternura. El diablo se lo llevó todo.

—Pero no entiendo por qué ahora se hace pasar por Rodríguez...

—No es que «se haga pasar», Estela —la abuela se acercó para explicarle—. Él es Rodríguez y es, al mismo tiempo, todas esas almas que ha robado y ha tomado por engaño. Y si no nos apuramos, pronto también será tu amigo Javier.

Dicho esto, la abuela comenzó a descender rápidamente llevándola del brazo. Estela perdió la cuenta del número de escalones. Bajaron y bajaron durante un tiempo que a Estela se le ocurrió toda una noche, y sintió que se hundían en el fondo de la tierra. Estaban rodeadas por paredes de piedra que sudaban un líquido espeso y fétido, y la poca luz que tenían —curiosamente— venía del reflejo de esas piedras aceradas. 103

Siguieron bajando hasta que de pronto llegaron a una intersección. Tres brazos de túneles se abrían desde ahí. Cornelia miró hacia cada uno de ellos, como sopesando por cuál de todos debían continuar. Escogió el del centro, y fue cuando la chica lo reconoció: el mismo túnel que caminó junto al hombre de chaqueta de tweed y zapatos de charol.

—Abuela... —quiso confesar.

—Lo sé, estuviste aquí el otro día con Javier.

—Perdona, y ese hombre... el de zapatos de charol, ¿era el mismo?

—Entiéndelo, Estela, él puede ser muchas cosas, esa es su manera de actuar para llegar a cualquiera. Me imagino que ahora entiendes a qué nos enfren-
tamos, ¿no?

—Sí —dijo Estela.

104 —Y deja de temblar, Estela, se te puede sentir a kilómetros de aquí.

Pero sus piernas castañeaban como lo harían sus dientes en una tormenta de nieve, y cuando quiso preguntarle a la abuela cómo hacía para controlarse, escuchó unos quejidos que reconoció de inmediato.

—¡Javier! —gritó.

Sin pensarlo, la muchacha se echó a correr.

—¡Estela! —la llamó su abuela, pero ella no quiso detenerse.

Pequeño, casi como un bulto abandonado, Javier temblaba de frío. Estaba cubierto de barro y despertaba de la peor pesadilla. Estela llegó a su lado y le limpió la cara. Una sonrisa cansada se dibujó en el rostro del chico.

—Javier... —repitió, y una ternura infinita la invadió.

—¿Dónde estamos? —le preguntó el chico.

—Nos vamos a la casa, Javier —replicó Estela y lo abrazó.

Pero entonces una luz azulada iluminó el túnel.

Ya no era Rodríguez ni llevaba chaqueta de tweed ni zapatos de charol. Un hombre grande, muchísimo más alto que todos sus personajes, caminaba vestido con una túnica que cubría su cuerpo hasta los pies. Su cara era idéntica a la que vieron proyectada en el cerro algunos días atrás: mitad bestia, mitad hombre. Con el mismo tono aburrido que utilizó en la casa de Rodríguez, dijo:

—Ah, no. ¡Por favor! Lo único que me faltaba, una pareja de enamorados. ¡Pfff! Ustedes me descomponen, ¿saben? ¿Por qué cada historia tiene que tener una pareja de amantes? Qué falta de creatividad.

Estela abrazó a Javier e intentó levantarlo de los hombros, pero Javier estaba demasiado débil para ponerse en pie.

—Prefiero las parejas que se odian, ¿no crees, Ernesto?

Entonces, el gato apareció ahí en el medio, parado en sus dos pies. Javier estiró un brazo tiritón:

—Tú —dijo reconociéndolo.

—Yo voto por él —contestó el gato apuntando al chico—, es simpático y nos caemos bien, ¿no es cierto?



Javier no contestó. No entendía nada de lo que estaba pasando y tampoco sabía por qué iban todos disfrazados. Su única felicidad era estar del brazo de Estela.

—¡Ernesto!, no hables estupideces, sabes que a quien necesitamos es a ella.

—Fiu-fiu-fiu —silbó el gato—, las mujeres son un problema, Su Excelencia —contestó el animal, arreglándose los bigotes y luego lamiendo sus patas delanteras.

—De todos modos, ella es la nieta de tú sabes quién.

—¡Ah, no!, no cuente conmigo para tratar con esa bruja, fiu-fiu-fiu —contestó el gato y continuó lamiendo sus patas.

—¿Puedes dejar de silbar? —pidió el hombre—. Intento concentrarme para tomar una decisión y vienes con ese ruidito enfermante...

—¡Miaul! —se estiró el gato y dejó tranquilos sus pies—. No se altere, Su Excelencia, silbo de felicidad. ¡Dos jóvenes! ¿Por qué no nos quedamos con los dos?

—Mmm, no. Tengo malas experiencias con jóvenes enamorados, son tan difíciles de tratar. No, no.

—Ah, pero son jóvenes y, ¡miauuu!, por lo que he visto, bastante inteligentes —continuó el gato, sin mirar ni al hombre ni a los chicos.

—No. Es imposible. El amor es como la mala hierba, tú sabes, no muere aunque trates de matarlo, seguirían dándome problemas quizás por cuántos años más...

—¡Hey! —la voz de Estela se escuchó con claridad—, qué tal esto: no te quedarás con ninguno, ¿sabes? Porque no me voy a ir contigo y Javier tampoco, ¿te queda claro?

Cornelia, por su parte, había corrido detrás de su nieta y llegado justo en el momento en que ella se ponía de pie para enfrentar al hombre bestia. Eso le dio coraje para entrar en escena.

—Así es que volvió —dijo la mujer, y se ubicó a un costado de Estela. En ese mismo instante, el gato se engrifó de la cabeza a los pies y fue a protegerse a un rincón.

—¡Oh, pero qué sorpresa! Miren quién está aquí... ¿no le escuché decir hace algunos años que no quería verme «ni en pintura»? —

—Y usted, mírese nada más, veo que ya no cabe en sus disfraces —contestó Cornelia y dibujó un círculo con las manos—; ha engordado bastante en el último tiempo.

—A que no lo sabía... jjjjjj —volvió a engrifarse el gato—, la vieja bruja vuelve con su lengua mordaz.



—¡Ja! Tan antipática como siempre, Cornelia —contestó el hombre e hizo una reverencia.

—Y usted tan mentiroso. Ahora lárguese y no vuelva. Deje a mi nieta tranquila, ¿quiere?

—Jajajaja —su risa estremeció las paredes de piedra—. Qué opinas, Ernesto.

110 El gato, que seguía con sus pelos erizados, permanecía en posición de combate.

—Digo que mientras antes nos vayamos, ¡miauuu!, mucho mejor —y aulló.

—Yo digo que no. Digo que hace tiempo que tenemos una conversación pendiente, Cornelia Alcázar, y ya es tiempo de que terminemos nuestra negociación.

—Se equivoca, nosotros no tenemos nada de que hablar. Y lamento recordarle que alguna vez prometió no volver y está amarrado a esa promesa —contestó Cornelia con decisión.

—Promesas más, promesas menos, ¿qué hay de verdad en lo que empeñamos al tiempo? —preguntó el hombre y lanzó un gruñido.

—Deje de rabiarse, ¿quiere? —la abuela estaba a centímetros de ese hombre más parecido a un animal que a un ser humano, con sus enormes cachos y un hocico prominente que emitía vapores.

—Me lo debe, Cornelia. Usted también lo sabe.

—No le debo nada, lo sabe mejor que yo. ¿No le bastó con lo que le hizo al bueno de Eustaquio!? —dijo la abuela, y chasqueando los dedos hizo un dibujo en el aire.

—¿No te lo dije, Ernesto? Mira lo que es el amor, ella no lo olvidará nunca...

—El hombre que murió ya no era Eustaquio. A ese no lo extrañaría ni un solo día. Y ya, ¡lárguese de una vez! —mandó. 111

Luego, se acercó a Estela y a Javier para abrazarlos con fuerza. Entonces volvió a hablar en esa lengua que no era la de ella y que no se parecía a nada de lo que los chicos hubiesen escuchado alguna vez:

—*Antra nam drem cum virom dem asuase tradeum.*

—Volveré, lo sabe.

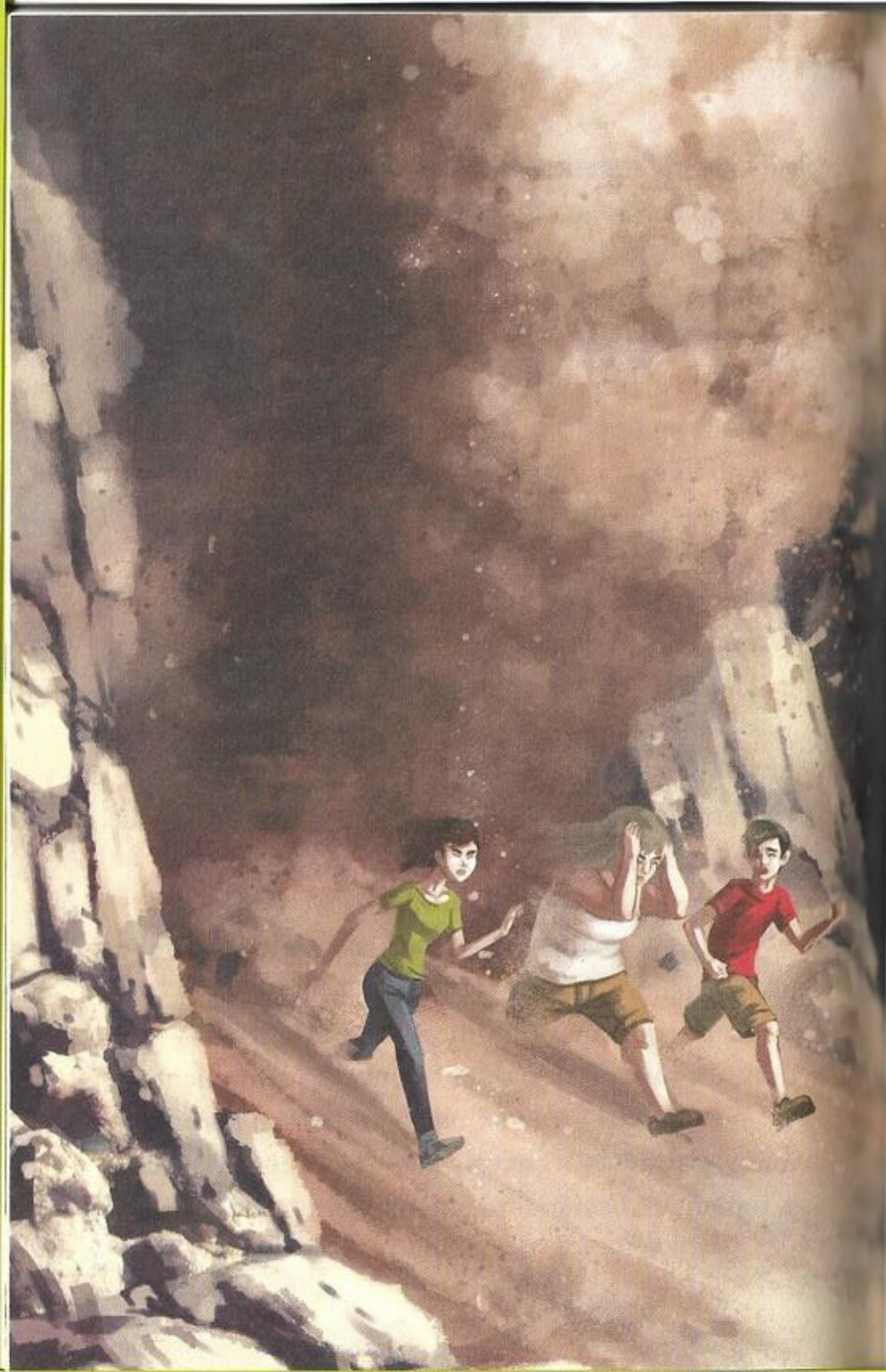
Pero Cornelia siguió recitando esas palabras cada vez más fuerte y más rápido.

—Por usted o por ella, volveré.

—Váyase de una vez —contestó Cornelia y hubo un estruendo.

La tierra comenzó a moverse. Por entre las piedras, un vapor fétido a azufre invadió el ambiente.

—Este lugar será una olla a presión en pocos minutos, ¡salgamos ahora mismo! —les ordenó Cornelia y, tomando a Javier por los hombros, se echó a andar.



El túnel se sacudía para cuando llegaron a la escalera y un montón de piedras tapió la salida tras ellos.

—Por poco nos quedamos dentro... debemos darnos prisa —dijo la abuela y Estela la ayudó a cargar a Javier.

Estela pudo darse cuenta de que el calor iba en aumento. La abuela tenía razón, en pocos minutos el lugar ardía como si estuvieran en medio de un co-

113

cimiento. El olor a azufre se mezclaba con el vapor caliente y, pese a eso, subieron los miles de escalones sin detenerse.

Llegaron a la casucha en medio de un temblor fortísimo que se dejó caer a esa hora en el Valle del Vino. Entonces, una bocanada de aire espeso y caliente comenzó a subir por la escalera.

—¡Corraaan! —gritó la abuela en el momento en que la nube de vapor ascendía, atravesando el techo para salir disparada hacia el cielo.

Estela y Javier arrancaron hasta caer en el pasto, justo al frente de la casona de Château Moureau. La tierra seguía moviéndose y desde la pequeña cabaña continuaba proyectándose una nube de gas, semejante a la de un géiser.

La abuela, que permanecía de pie, vio en primer plano cómo las maderas comenzaban a ceder y pronto la casa quedó convertida en ruinas. Para

cuando despuntara el alba, de esa ruिनosa construcción no quedaría más que una extraña forma rocosa que, muchos años después, formaría parte del atractivo turístico de la gran casona de Château Moureau: una roca grande, por la que se podía trepar con facilidad, aunque nadie lo hacía, pues en el centro tenía esculpidas dos patas enormes.

114 Y entonces, esta vez, y con propiedad, la gente del valle las llamó «las patas del diablo».

Cabos sueltos

Abandonaron Château Moureau sin mirar atrás.

115

Los militares habían vuelto a sobrevolar el cielo y, más de una vez, los helicópteros pasaron por encima de sus cabezas. No obstante, esta vez no les importó. Iban despacio, machucados, escuchando una antigua historia que les contaba la abuela Cornelia.

Se decía que los primeros habitantes del valle encontraron un abismo, un hueco por donde se veía la puerta hacia otro mundo. Entonces, los nativos que les sucedieron construyeron esas escaleras que bajaban hacia lo más hondo, pero, por mucho que cavaban, la entrada siempre parecía estar lejos. Así es que empeñaron años en esta empresa, seguros de que hallarían la forma de llegar a ese espacio que soñaban como el mejor de todos los mundos, tanto que, a veces, con el calor de la tarde o la inquietud de una tormenta, creían entrever árboles gigantes, plantas con las formas más exóticas y animales nunca vistos sobre la tierra. Pero el abismo se hacía inalcanzable.

Muchos se perdieron en esta tarea, desapareciendo en medio de las rocas; otros creyeron ver seres extraños y temieron a esa oscuridad. Por eso, después de un tiempo incontable, decidieron cerrar el paso con una compuerta de piedra. Claro que antes rasparon sus murallas para que, incluso en las noches más oscuras, los hombres pudiesen encontrar el camino de regreso a casa. Eso contó la abuela.

116 También dijo que poco después de encontrarse con el diablo, cuando todavía era una niña, conoció a un anciano campesino que le narró esta historia. Que cierto día, el diablo subió por esas escaleras, haciendo estallar la compuerta de piedra en mil pedazos. Que aquella vez se llevó a todos los niños del pueblo, y no dejó más que uno, el propio campesino. Que se las arregló para engañarlo, disfrazándose como él, unas veces, conversándole hasta el amanecer, en otras. Que, quizás aburrido de tanto esperar o bien satisfecho por su cuenta de almas, finalmente volvió a su mundo, cerrando tras de sí la puerta de piedra.

La abuela les dijo que fue ese campesino quien le enseñó a hablar la lengua heredada de su abuelo y del abuelo de su abuelo, y le pidió a Estela que si algún día volvía abrirse la puerta, se encargara de cerrarla. Y lo más importante: que no se engañara,

que aunque él tratara de convencerla de lo contrario, nunca aceptara tratar con el diablo.

—Abuela, ¿y por qué él dijo que tenías una deuda con él? —quiso saber Estela.

—Porque la última vez que vino quiso llevarme.

—Tú nos dijiste que habías logrado escapar de él.

—Así es, pero volvió pocos días después de ese encuentro en el cerro. Entonces fue más difícil hacerle frente, yo tenía miedo, sabía a qué me enfrentaba, y él se alimenta de nuestros terrores. Aun así, logré convencerlo de que volviera más adelante, que quizás en un tiempo más estaría lista, y desde entonces he vivido en estado de alerta... —la abuela se detuvo.

Miró hacia atrás. El sol comenzaba a levantarse en el valle y junto con ello el cerro y las hileras de parras cambiaron de color.

—No volverá por acá, Estela, no te preocupes.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque sabe que podemos defendernos.

Javier se quejó. Comenzaba a comprender él también.

Fuerte sismo azotó el Valle del Vino

Movimiento descubrió tesoro escondido bajo Château Moureau sin herederos

119

Un movimiento de tierra con intensidad 5,8 en la escala de Richter azotó ayer al Valle del Vino, dejando una veintena de heridos y cuantiosas pérdidas materiales. Sin embargo, a la desazón que reinaba en el lugar se antepuso un espectacular hallazgo: un tesoro escondido en los viñedos de Château Moureau.

MARIO PORTEÑO. ENVIADO ESPECIAL.

VALLE DEL VINO. Un fuerte movimiento de tierra se dejó sentir a eso de las 5:30 de la madrugada de ayer en el Valle del Vino. Con una intensidad que llegó a los 5,8° en la escala de Richter, el temblor causó pánico entre la población y, por segunda vez en lo que va de la semana, sus habitantes se echaron a correr por las calles, temerosos de que el temblor terminara en tragedia.

Las autoridades confirmaron que el epicentro fue precisamente en el centro de la región, lo que explicaría la magnitud de los daños materiales: casas con los techos en el suelo, vidrios hechos trizas y múltiples cercos rotos. Las pérdidas han sido evaluadas en varios millones de pesos, pero, según explicó el alcalde Ruiz Deviñaspre, los habitantes del valle contarán con el apoyo del municipio

para su reconstrucción. Algo similar ocurrió con el centro de investigaciones del Ejército, ubicado un costado de la viña. Sus instalaciones sufrieron daños de tal intensidad, que el comandante a cargo reconoció que tendrían que cerrar la base.

No obstante, al desgarro que causaron estas pérdidas y a la desolación del escenario en ruinas, se opuso la expectación y sorpresa que provocó el descubrimiento de un enorme tesoro que emergió entre medio de las parras de Château Moureau. La ubicación del epicentro coincidió con el lugar en donde se guardaban estas joyas. Fuentes no oficiales hablaban de varios lingotes de oro, joyas de diamantes y rubíes, y cofres labrados en plata peruana, entre otras muchas cosas que, al parecer, habrían pertenecido a la corona española. Lamentablemente, durante todo el día de ayer la prensa tuvo prohibido el

acceso al lugar, a la espera de la llegada del ministro de Bienes Nacionales, así como de antropólogos e investigadores del Museo del Arte, quienes serán los encargados de detallar su contenido. En el intertanto, el sector se mantiene fuertemente custodiado por presencia militar.

■ La antigua leyenda

El alcalde Ruiz Deviñaspre tuvo que hacer frente a la ola de rumores que surgió entre la población, pues en ese terreno siempre se supuso la presencia de un tesoro. Asimismo, descartó —sin darle mayor importancia— que se tratara de un «entierro del diablo».

Sin embargo, esta no es la percepción de la gente del lugar, quienes aseguran que durante años se supo que esas tierras pertenecían al maligno. «Ya ve usted cómo suceden las cosas, bastó que muriera don Eustaquio y se descubriera el tesoro; y

ahora ¿para quién van a ser todas esas joyas?», planteó Ximena Casares, dueña de la tienda de abarrotes del Valle del Vino.

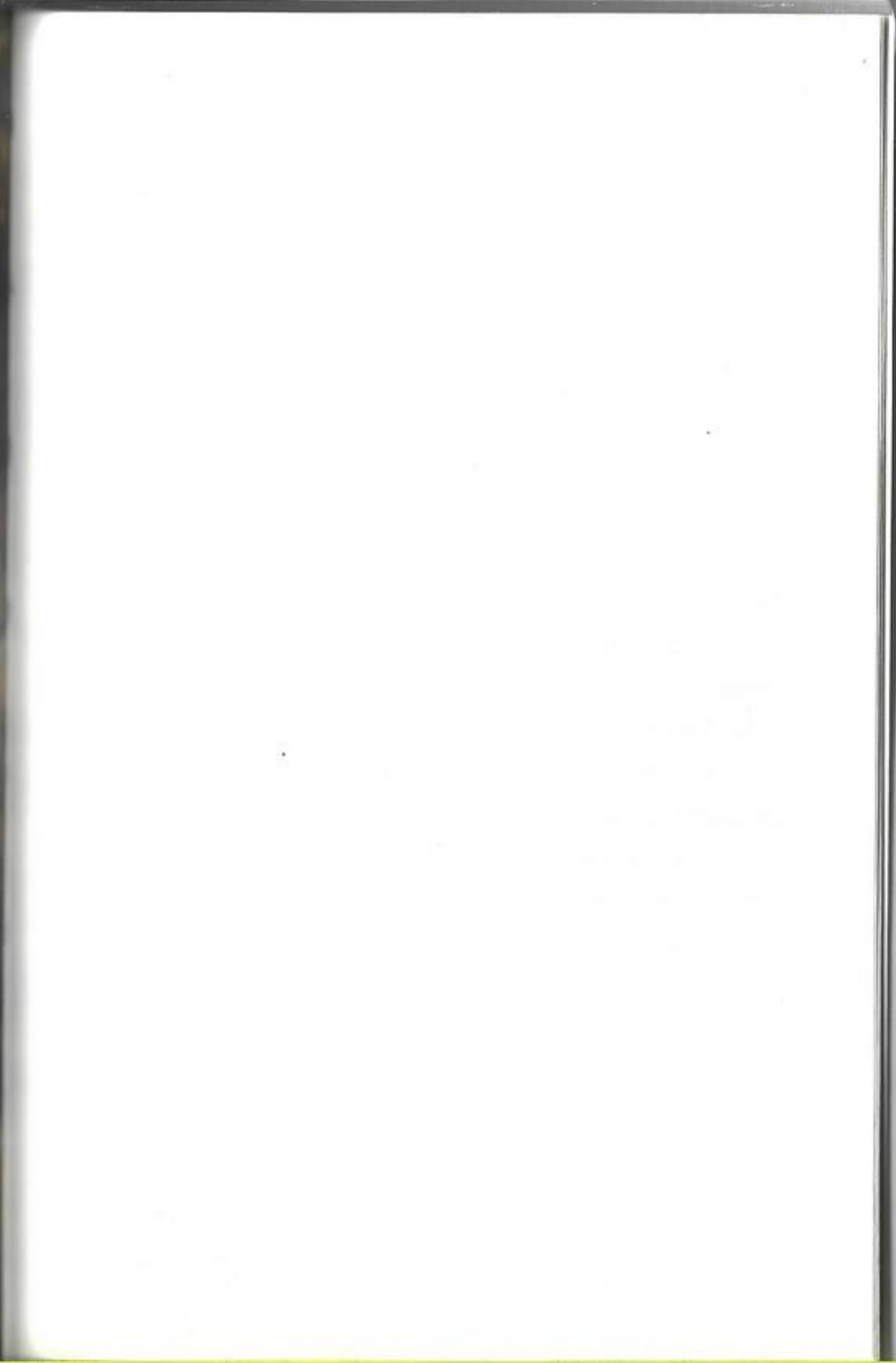
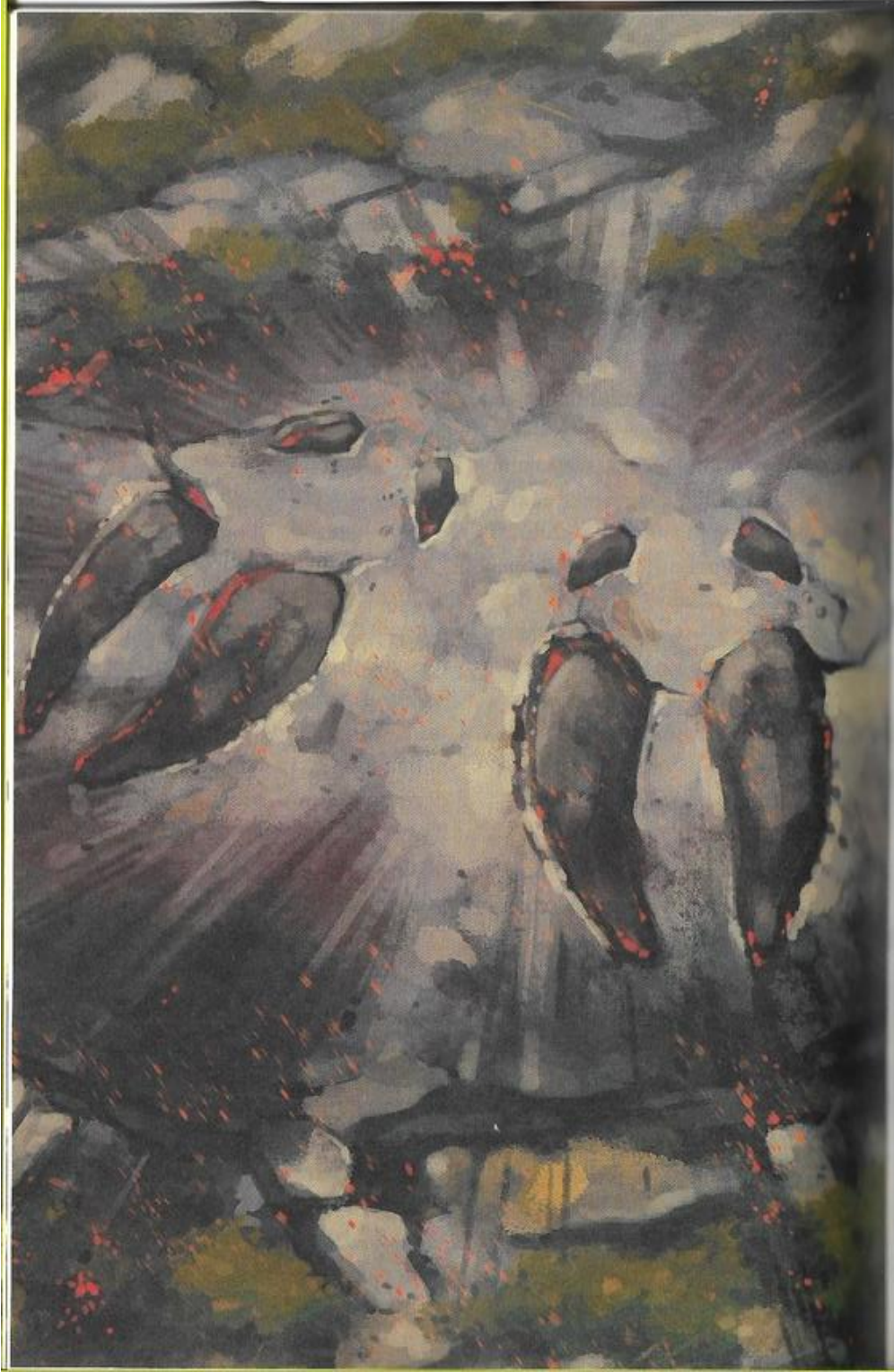
La pregunta es la misma que circula entre muchos habitantes del lugar: ¿quién será el custodio de esta enorme fortuna? Otros, más precavidos, aseguran que debieran dejar esas antiguas reliquias en el mismo lugar donde fueron encontradas, pues «al diablo no le gusta que tomen prestadas sus cosas». Historias que se narran en el Valle del Vino y que solo el tiempo podrá constatar.

El extraordinario hallazgo surge cuando todavía no se hace lectura oficial del testamento del difunto viñatero, quien, como es sabido, dejó una fortuna sin herederos directos. Fuentes extraoficiales aseguran que Rodríguez habría dividido su patrimonio entre los parientes más cercanos. Aunque, por otro lado, corre fuertemente el

rumor de que habría una heredera única, una mujer de la que Rodríguez estuvo enamorado, pero con la cual no llegó a comprometerse. «El hombre era un caballero, pero demasiado reservado», contó una de las mujeres que trabajó en la casona patronal. No obstante, consultada sobre el rumor, dijo: «Supe que tuvo un romance que duró en su corazón lo que duró su corta vida».

Reservado o no, la verdad es que a estas alturas poco importa, pues de ser cierto habría una gran única heredera y su parentela —que no ha abandonado el valle durante estos días, expectante por la repartición— quedaría defraudada.

Imagino que nuestros lectores estarán haciendo sus propias suposiciones, lo cual es esperable, pues en el valle corren las apuestas y versiones de una misma y extraña historia.



Sara Bertrand

Sara Bertrand vive y trabaja en Santiago de Chile. Estudió Historia y Periodismo en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Colabora como periodista en revistas culturales, además de coconducir el programa *Donde viven los monstruos* en *www.radioqueleo.cl*. Ganó la beca de creación literaria del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes con *Cuentos inoxidables* y de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano con *Los acordes del mandinga*. Además, el concurso Alimón, de Tragaluz editores, con *Nuestro gordo*. Ha publicado en Colombia, Francia, Ecuador, Bolivia y México. Su novela juvenil *Ejercicio de supervivencia* fue traducida al francés. Próximamente, debutará en Seix Barral con una novela para todo público, *Álbum familiar*.

Índice

1	El pacto	9
2	La leyenda	18
3	Cerca del cerro	32
4	El túnel	44
5	Una fiesta en el cerro	53
6	Está en el aire	64
7	Ensayo de alegato	77
8	Las verdades duelen	88
9	Un hueco entre dos mundos	99
10	Cabos sueltos	115
	Biografía autora	125

Martín Blasco

Los extrañamientos

Víctor Carvajal

Como un salto de campana

La Balserita

Sakanusoyín, cazador de
Tierra del Fuego

Roald Dahl

Charlie y la fábrica de
chocolate

Charlie y el gran ascensor
de cristal

El Gran Gigante Bonachón
Matilda

Luis Emilio Guzmán

El club de los que sobran

Felipe Jordán

El Planeta Sin Nombre

Judith Kerr

Cuando Hitler robó
el conejo rosa

Lucía Laragione

Amores que matan

Gonzalo Martínez y

Sergio Gómez

Quique Hache, detective.
El misterio del arquero
desaparecido

Quique Hache, detective.
El misterio de Santiago

María Fernanda Maquieira

Rompecabezas

Mario Méndez

El monstruo del arroyo

Katherine Paterson

La gran Gilly Hopkins

Luis María Pescetti

Lejos de Frin

Carlos Schlaen

El caso del futbolista
enmascarado

Ana María Shua

Dioses y héroes de la
mitología griega

Patricia Truffello

La voz de las cigarras

La tierra hundida

José Ignacio Valenzuela

El caso del Cerro Panteón

Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.

+12

NARRATIVA

La pata del diablo

Sara Bertrand

Ilustraciones de Carlos Bulefi

Cuando el conocido viñatero Bustaquio Rodríguez muere, deja al descubierto un pasado oscuro y siniestro. Este se transformará en la obsesión de Estela y Javier, dos jóvenes que llegarán hasta las últimas consecuencias para descubrir el límite entre el bien y el mal, y averiguar la verdad que se esconde tras la terrible leyenda de "La pata del diablo".

Una historia de aventuras y misterio que recoge una de las leyendas más arraigadas en el imaginario popular latinoamericano.

La pata del diablo

Sara Bertrand

